



testimonio/5

François Amiot

**Introducción
a San Pablo**

F. Amiot

Introducción
a San Pablo

«testimonio»

*problemas, testigos, reflexiones,
para la vida y el apostolado*

colección dirigida por el P. Benito Spoletini

ediciones paulinas

Introducción

Este libro está destinado a todos aquellos que, aun frecuentando la iglesia con regularidad, no pueden entregarse a un estudio profundo de la Sagrada Escritura. Les merece un profundo respeto la Palabra de Dios que se les suministra a lo largo del año litúrgico, pero desearían conocerla más y mejor con el fin de sacar de ella mayor provecho, tanto para su vida personal como para la fecundidad del apostolado en que participan. Sobre todo para los escritos de San Pablo, se requiere un guía, y nuestro propósito es ayudar precisamente a los lectores del Apóstol ofreciéndoles algunas aclaraciones y consejos.

Las cartas, tal como las tenemos en el misal, sólo pueden dar, por motivo de su carácter fragmentario, un conocimiento incompleto de San Pablo. Contienen pasajes magníficos, algunos de los cuales se graban fácilmente en el espíritu y suministran al alma un alimento espiritual de gran valor. Piénsese, por ejemplo, en la descripción que hace el Apóstol de sus trabajos y sufrimientos en la Carta de la Sexagésima (2 Cor., 11, 19-12, 9), o en el célebre texto sobre la humildad y la glorificación de Cristo, que la Iglesia hace leer el Domingo de Ramos (Flp., 2, 5-11). Estos textos necesitan, sin embargo, que se les ponga en un conjunto; otros presentan obscuridades y requieren unas explicaciones que las homilias pronunciadas en la misa no tienen, de ordinario, tiempo para dilucidar. Por lo demás, el interés que suscitan las páginas insertas en el misal y la admiración que pro-

Título original: Lire Saint Paul - Editions La Cordelle - Paris, 1963

Traductor: Jesús Sánchez Díaz

Nihil obstat
P. Domingo Spoletini, Cens. Dep.
Caracas, 13-6-1966.

Imprimatur
Luis E. Henríquez
Obispo Aux. y Vic. Gral.
Caracas, 14-6-1966.

Visto Cepla N. 20

Ediciones Paulinas - CARACAS

vocan hacen desear un atento contacto con la integridad de la obra escrita por San Pablo.

Se puede realizar una lectura completa de las cartas apostólicas con motivo de las reuniones de un círculo bíblico o sencillamente en la silenciosa soledad de unos ratos de asueto, que hay que saber tomarse para profundizar la fe.

Lo primero que se ha de hacer es procurarse una buena traducción, que no faltará, gracias a Dios, puesto que hay bastantes muy recomendables por su exactitud y cualidades literarias. El que sea latinista o domine simplemente el latín, podrá recurrir al texto de la Vulgata, fielmente calcado en su conjunto del original griego. Lo mejor sería, naturalmente, leer a San Pablo en griego, con el fin de no perder ningún matiz de pensamiento y de expresión que ni siquiera pueden presentar las traducciones más esmeradas. La decadencia de los estudios literarios hace, por desgracia, muy rara la realización de ese ideal. No obstante, todo el que haya estudiado convenientemente el griego encontrará satisfacción y sacará buen provecho leyendo a San Pablo en la lengua que utilizó, si bien es cierto que se sirvió del griego corriente de la conversación, del comercio y de los negocios, en el primer siglo de nuestra era, que difiere un poco del griego clásico.

Con todo, hasta el lector mejor preparado se detendrá con frecuencia ante la expresión de la doctrina paulina y la densidad del pensamiento. Los grandes espíritus — y San Pablo figura entre los genios que más honran a la humanidad — nunca son de fácil acceso. Escribía el Padre Lagrange que, en otro tiempo, cuando emprendió su importante trabajo de exégesis sobre la Carta a los Romanos, le pareció abrumador el primer contacto. Pero nos privaríamos de un inmenso beneficio espiritual de-

teniéndonos ante tal obstáculo. Si, por el contrario, no se ceja en el esfuerzo, leyendo y relejendo las cartas, ayudándonos con comentarios, asiduas reflexiones, y con la oración, siempre encontraremos nuevas luces, tanto para nosotros mismos como para el trabajo apostólico, que es incumbencia de todos.

La primera condición para entender a un autor es conocer las circunstancias en que escribió y el fin que se proponía, siguiendo la evolución de su pensamiento. Bueno será para ello consultar una introducción a las cartas, más o menos desarrollada, según el tiempo del que se disponga, y sin mucho hincapié, con el fin de no retrasar el contacto directo con los textos.

Siempre habrá tiempo para volver a las introducciones cuando se sienta esa necesidad. En seguida se abordará la lectura de las cartas siguiendo el orden cronológico, que no es el de nuestras Biblias, que las han ordenado según la extensión decreciente y colocan en último lugar las dirigidas a particulares, como Timoteo, Tito y Filemón. Conocemos la cronología con suficiente precisión; las vacilaciones sólo existen sobre las fechas de las cartas a los Gálatas y a los Filipenses, pero la cosa carece de importancia para la comprensión de la doctrina (1). Al mismo tiempo hay que volver a situar las cartas en el marco de los Hechos de los Apóstoles, cuya segunda parte San Lucas la dedica enteramente a San Pablo, a quien acompañó en parte de sus viajes. Tal circunstancia aclarará muchos detalles y alusiones de las cartas, y se tendrá, además, oportunidad de conocer que sólo fueron para San Pablo una parte mínima y ocasional de los trabajos que realizó durante su vida. Sin embargo ayudan a comprenderlas mejor, por estar íntimamente ligadas a

(1) Cf. la tabla cronológica.

su actividad. Una primera lectura permitirá ver que preocupaciones indujeron a San Pablo a escribir sus cartas, así como discernir las grandes articulaciones de su pensamiento y la forma en que las dificultades encontradas en el gobierno de las iglesias le llevaron a desarrollar su modo de pensar y a precisar su formulación. También se tendrá una idea más cabal de la personalidad del Apóstol y de las grandes líneas de su magisterio (2).

Puede suceder, no obstante, que las ideas madres no aparezcan con el rigor lógico y el encadenamiento que fueran de desear. San Pablo abunda, efectivamente, en digresiones y en inesperados paréntesis que desconciertan nuestros espíritus occidentales, sin tener en cuenta que la riqueza del pensamiento hace, por así decirlo, irrumpir las palabras, deslumbrándonos con intuiciones que admiramos, pero cuya concentración nos aturde. Por eso aconsejaríamos que después de una primera lectura rápida se estudiaran algunos pasajes importantes agrupados con orden didáctico, más satisfactorio para nuestro espíritu cartesiano. Este estudio iniciará para otros mayores sobre el Apóstol, si bien tendrá el inconveniente de imponer a San Pablo un cuadro de pensamiento que no es el suyo, y de trastornar la cronología, con el peligro de desconocer las circunstancias y el desarrollo del pensamiento apostólico. Con todo será un trabajo útil para procurarnos una vista general y una guía en la lectura más profundizada hecha en el orden cronológico. Proponemos los siguientes pasajes:

(2) Pedimos excusas por las repeticiones en los desarrollos que siguen. Los textos de San Pablo son como diamantes que despiden brillo por todas partes. A intervalos es preciso ingeniarse para conocer los diversos aspectos.

- El plan divino de la Redención: *Ef.*, 1, 3-14.
- Cristo y el llamamiento de los creyentes: *Rom.*, 1, 1-7.
- El misterio de Cristo Dios y hombre: Cristo superior a los ángeles, cabeza de la Iglesia y redentor: *Col.*, 1, 16-29.
- Cristo humillado y exaltado: *Flp.*, 2, 5-11.
- Cristo Hijo de Dios y superior a los ángeles: *Heb.*, 1.
- Adán y Cristo: *Rom.*, 5, 12-21.
- Las dos alianzas: La ley mosaica pedagoga hasta la venida de Cristo: *Gál.*, 4, 1-7; Sara y Agar: *Gál.*, 4, 22-31, la letra y el espíritu; el velo de Moisés: *2 Cor.*, 3, 5-18.
- El sacerdote de Cristo: *Heb.*, 4, 14-5, 10.
- El sacrificio de Cristo y su eficacia redentora: *Heb.*, 9, 11-10, 18.
- La redención: justificación gratuita y universal por la fe en Jesucristo: *Rom.*, 3, 21-31; *Gál.*, 3, 15-21; *Tit.*, 2, 11-15; 3, 4-8.
- El bautismo: *Rom.*, 6, 1-11; 22-23.
- El alma justificada: *Rom.*, 5, 1-11.
- La carne y el espíritu: *Rom.*, 8, 1-13.
- La caridad: *1 Cor.*, 13.
- La Eucaristía: *1 Cor.*, 10, 16-17; 11, 23-34.
- Himno de la Unidad Cristiana: *Ef.*, 4, 1-16.
- La acción del Espíritu Santo en el alma; el porvenir del cristiano: *Rom.*, 8, 14-39.
- El hombre interior: morada terrestre y morada celeste: *2 Cor.*, 4, 16-5, 10.
- La resurrección: *1 Cor.*, 15.
- La parusía: el misterio de iniquidad y el anticristo: *2 Tes.*, 2, 1-12. El retorno glorioso de Cristo y la suerte de la última generación cristiana: *1 Tes.*, 4, 12-5, 10; *1 Cor.*, 15, 50-57.

CRONOLOGIA DE LAS CARTAS

Siglas

Mt.	– Evangelio, según San Mateo.
Mc.	– Evangelio, según San Marcos
Lc.	– Evangelio, según San Lucas
Jn.	– Evangelio, según San Juan.
Act.	– Hechos de los Apóstoles.
Rom.	– Carta a los Romanos.
1 y 2 Cor.	– Primera y segunda Carta a los Corintios.
Gál.	– Carta a los Gálatas.
Ef.	– Carta a los Efesios.
Fip.	– Carta a los Filipenses.
Col.	– Carta a los Colosenses.
1 y 2 Tes.	– Primera y segunda Carta a los Tesalonicenses.
1 y 2 Tim.	– Primera y segunda Carta a Timoteo.
Tit.	– Carta a Tito.
Fim.	– Carta a Filemón.
Heb.	– Carta a los Hebreos.

FECHAS	HECHOS	CITAS
32 o 33	– Conversión de San Pablo:	<i>Act.</i> , 9, 1-22.
32-35	– Permanencia en Damasco y en Arabia:	<i>Gál.</i> , 1, 17.
35	– Evasión de Damasco; visita a Pedro en Jerusalén; regreso a Tarso:	<i>Act.</i> , 9, 23-30; <i>Gál.</i> , 1, 18-24.
37	– San Pedro en Joppe y en Cesarea:	<i>Act.</i> , 9, 31-11, 18
43	– San Pablo en Antioquía:	<i>Act.</i> , 11, 25-26.
44	– Martirio de Santiago el Mayor; cautividad y libertad de San Pedro:	<i>Act.</i> , 12.
45 o 46	– En previsión de una grande hambre, Bernabé y Pablo llevan socorros a Jerusalén; después regresan a Antioquía:	<i>Act.</i> , 11, 29-30; <i>Gál.</i> , 2, 1-10.
46(47)-49	– Primera gran misión de Pablo con Bernabé: Chipre y Asia Menor. Retorno a Antioquía:	<i>Act.</i> , 13-14.
49	– Incidente en Antioquía entre Pedro y Pablo: <i>¿Carta a los Gálatas?</i>	<i>Gál.</i> , 2, 11-21.
49(50)	– Concilio de Jerusalén:	<i>Act.</i> , 15, 1-35
50-52	– Segunda misión de San Pablo con Silas: Asia Menor, Macedonia, Atenas, Corinto. Retorno a Antioquía:	<i>Act.</i> , 15, 36-18, 22.
51-52	– En Corinto, <i>Cartas a los Tesalonicenses</i> . Comparecencia ante Galión:	<i>Act.</i> , 18, 23-21,

53-57 o 58	Tercera misión de San Pablo: Asia Menor, Efeso, Corinto, Tróade, Mileto, Jerusalén:	Act. 18, 23-21, 16.
53-56	En Efeso, ¿Carta a los Gálatas?	
Primavera 55 o 56	En Efeso, 1 Carta a los Corintios	(Cf. 1 Cor., 5, 7-8).
56 o 57	En Macedonia, 2 Cartas a los Corintios. ¿Carta a los Efesios?	
57 o 58	En Corinto (Act., 20, 2; Rom., 16, 1), Carta a los Romanos. En Pentecostés, detención de San Pablo en Jerusalén:	Act., 21, 17-23, 30.
57-59 o 58-60	Cautividad de San Pablo en Cesarea. Apelación a César y traslado a Roma:	Act., 23, 31-28, 15.
60-62 o 61-63	Primera cautividad romana: ¿Cartas a los Colosenses, a Filemón, a los Efesios y a los Filipenses?	Act., 28, 16-31.
62-66	Libertad y último viaje de San Pablo: España (?), Creta, Asia Menor, Epiro y Acaya.	
63-64	Algo más tarde: Hechos de los Apóstoles.	
64-66	1 Carta a Timoteo; Carta a Tito.	
64	Martirio de San Pedro.	
66	Segunda cautividad de San Pablo en Roma. 2 Carta a Timoteo.	
67	Martirio de San Pablo. Carta a los Hebreos.	

CAPITULO I

Forma general de las cartas

Plan habitual

Las “Cartas de San Pablo” son verdaderas cartas escritas a determinados destinatarios, comunidades cristianas o, en el caso de las Pastorales, discípulos del Apóstol. Se escribieron en las circunstancias que su contenido refleja en gran manera. La Carta a los Gálatas fue motivada por las pretensiones de conversos originarios del judaísmo que querían imponer la circuncisión y las prácticas de la Ley mosaica a los cristianos de origen pagano. Pablo se expresa en ella con vehemencia, puesto que, de haberse impuesto dicha Ley a los paganos como paso previo a su conversión, se habría detenido el progreso del Evangelio; estaba, además, seguro de que Cristo había abolido la Ley antigua mediante su muerte redentora, no pudiendo, pues, considerarse como condición para salvarse. La primera Carta a los Corintios responde a una serie de casos de conciencia planteados por los fieles y toma posición frente a unos abusos que se habían introducido en la comunidad corintia. Las cartas a los Colosenses y a los Efesios refutan errores relativos a la persona de Cristo. Las pastorales dan directivas a Timoteo y a Tito para el gobierno de las iglesias.

Conforme a la costumbre de los antiguos, las cartas empiezan por una salutación en la que San Pablo dirige a sus corresponsales un deseo, casi siempre el mismo, que reúne en sí, cristianizándolos, el saludo griego y el judío: *“La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.”* Siguen, de ordinario,

algunas palabras amables dirigidas a los destinatarios; el Apóstol les asegura que se acuerda de ellos en sus oraciones; su solicitud apostólica y su paternidad espiritual encuentran entonces expresiones realmente conmovedoras.

El cuerpo de la carta comprende con frecuencia dos partes, la primera más doctrinal y la segunda más exhortativa; muy bien se les puede llamar parte dogmática y parte moral. Esta división ha de entenderse con flexibilidad; es válida sobre todo para las cartas a los Gálatas, Romanos, Colosenses y Efesios, sin que el genio de Pablo se deje encerrar en unos cuadros rígidos. Las cartas a los Tesalonicenses y a los Filipenses tienen un carácter más epistolar y descuidado; San Pablo se expresa con mayor libertad y de modo especial en la carta a los Filipenses, sin atenerse a un plan riguroso. Por el contrario, los once primeros capítulos de la Carta a los Romanos constituyen un tratado ordenado y grandioso del plan redentor y de la participación de los creyentes en la salvación aportada por Cristo. Lo mismo hay que decir en cuanto a los tres primeros capítulos de la Carta a los Efesios. Podría hacerse una observación análoga para la primera parte de la Carta a los Hebreos, pero la redacción se debe a un discípulo del Apóstol.

Las cartas terminan con breves recomendaciones, sin un orden riguroso, seguidas a veces de saluciones a los cristianos conocidos por Pablo; éstas llenan casi por entero el último capítulo de la Carta a los Romanos. Al final, un saludo de forma variable cuyo tema general expresa un pensamiento grato al Apóstol: *“Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros.”* En tal momento toma el cálamo al secretario para escribir unas palabras, recurriendo entonces a las mayúsculas: *“Ved con qué grandes letras os escribo de mi propia mano”*

(*Gál.*, 6, 11). En la 2ª a los Tesalonicenses precisa que dicho saludo autógrafo es una prueba de autenticidad, precaución necesaria, porque, al parecer, se habían hecho circular falsas cartas con su nombre (2 *Tes.*, 2, 2).

“El saludo es de mi mano, Pablo. Esta es la señal de todas mis cartas; así escribo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros.” (2 *Tes.*, 3, 17-18.)

Después de esto la carta se cerraba, se sellaba y se entregaba a un mensajero de confianza. Varias de ellas tuvieron que ser reproducidas en varias copias; lo más probable es que esto ocurriese con la Carta a los Efesios, que parece una circular destinada a las iglesias de Asia Menor.

Características del lenguaje paulino

Según la costumbre de entonces, San Pablo dictaba, siendo posible que alguna vez dejase al secretario cierta libertad para expresar a su modo el pensamiento del autor. Esto ocurre en general en las cartas de la cautividad y las pastorales. Sin embargo, no todos aceptan tal parecer, y según algunos, el genio paulino, sumamente variado, reviste a veces formas imprevistas de las que se encuentran ejemplos en todas las cartas, comprendidas aquellas cuya redacción le han discutido ciertos intérpretes, de forma que los partidarios de la íntegra autenticidad paulina ven en ello un argumento no despreciable (1).

El tumultuoso temperamento de Pablo, muy en consonancia en eso con el de los orientales, no prescinde

(1) Diversos pasajes de las Pastorales (1 *Tim.* 3, 16; 6, 12-16; *Tit.* 2, 11-14; 3, 4-6; 2 *Tim.* 1, 9-11, etc.) son de marca paulina, a todas veras.

de los excesos verbales ni de las paradojas. Hay que entender ese modo de expresarse y no tomarlo, si cabe la expresión, por lo trágico. La doctrina de la cruz de Cristo es necesidad para los que se pierden, pero es poder de Dios para los que se salvan (1 Cor., 1, 18). Como consecuencia Dios ha hecho necesidad la sabiduría de este mundo (1 Cor., 1, 20), es decir, el abuso de una filosofía superficial y racionalista, cerrada a las luces de la revelación, mas no el recto uso de la razón, que debe, por el contrario, deducir la existencia y el poder de Dios del espectáculo de la creación (Rom., 1, 19-20). Cristo nos redimió de la maldición de la Ley haciéndose por nosotros maldición (Gál., 3, 13) y pecado (2 Cor., 5, 21), pecado personificado, por así decirlo; lo cual significa que en la cruz asumió, para librarnos de ellas, las maldiciones de la Ley y que tomó sobre sí nuestros pecados. El Apóstol es tanto más fuerte cuanto más débil parece (2 Cor., 12, 10); el mundo mira como a impostores a los predicadores del Evangelio, siendo así que son veraces; los cree muertos cuando gozan de plena salud; considera que no tienen nada siendo así que todo lo poseen (2 Cor., 6, 8-10). Pablo se hace judío con los judíos y gentil con los gentiles (1 Cor., 9, 19-22); rebosa de alegría en medio de las más duras pruebas (2 Cor., 7, 4) y se tiene por crucificado con Cristo (Gál., 2, 19). El mismo Salvador se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp., 2, 7-8). Mas ¿quién no ve que estas paradojas son la misma paradoja de la redención por la cruz y de la participación en sus frutos mediante la unión con Jesús, muerto y resucitado? Así, pues, la sutilidad nerviosa del razonamiento no es más que una apariencia y las dificultades desaparecen en un contacto prolongado con el Apóstol. No hay que dejar de tomar sus

ironías por oro de pura ley. A los Tesalonicenses, que no quieren trabajar con el pretexto del inminente retorno del Señor, les invita a abstenerse de comer (2 Tes., 3, 10). En las Cartas de San Pablo abundan las ironías. Se felicita de que en la iglesia de Corinto haya más que nada necios, según el mundo, y pocos poderosos y nobles, según la carne (1 Cor., 1, 26-27); sólo ha podido dar a los Corintios un alimento espiritual elemental, comparable a la leche, porque no son más que niños y no adultos en Cristo (1 Cor., 3, 1-3) y los vapulea con bondad paternal e irónica por su inocente pretensión de figurarse que son algo, mientras que los apóstoles, a quienes desean emular, pasan hambre, sed y desnudez, se les abofetea, andan vagabundos, afrentados, perseguidos, difamados, considerándoseles como desecho del mundo, como estropajo de todos (1 Cor., 4, 8-16). Casi del principio al fin de la segunda carta, Pablo se considera muy superior, diciéndolo con ironía, a los que ponen en entredicho su autoridad, archiapóstoles que no cesan de darse postín (2 Cor., 11, 5), a quienes, según dice, no tendrá la audacia de igualarse, ni aun de compararse (2 Cor., 10, 12), aunque, sin embargo, procura dejarlos en el lugar que les corresponde, procediendo a hacer una apología de sí mismo, cosa a la que le obligan las maniobras de los otros (2 Cor., 11, 16-12, 13).

La vivacidad del Apóstol le lleva a ponerse en el lugar de los demás, recurriendo a lo que en retórica se llama enálage. Así, habla en primera persona de "nosotros, los vivos, los que quedamos para la venida del Señor" (1 Tes., 4, 15-17), pero unas líneas más adelante examina la hipótesis contraria (1 Tes., 5, 5-10). En la 1ª a los Corintios declara: "Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su poder" (6, 14),

suponiendo que habría muerto ya antes de la parusía; pero, dada la ignorancia que todos tienen acerca de la época del último día, y que deja su probabilidad a una fecha próxima, dice en el capítulo 15, 51: "*Voy a declararos un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados.*" Lo que prueba, lo diremos de pasada, lo mal que se comprendió a San Pablo al atribuirsele la convicción de que iba a sobrevivir hasta la segunda venida de Cristo (2). El mismo procedimiento siguió en el lamento de la Carta a los Romanos 7, 7-25, donde recurre a un yo ficticio para expresar el drama del hombre en lucha con el pecado, al que está, por así decirlo, vendido, haciendo lo que no quisiera, odiando lo que hace, hasta comprender que únicamente le podrá dar Cristo la victoria sobre la ley del pecado y de la muerte.

Siendo evidentemente las cartas escritas de circunstancia, a nadie debe extrañar que la misma carta trate temas variados en función de las necesidades de los destinatarios y lo haga, a veces, de manera sumaria y unilateral, que podría conducir a no interpretar bien el verdadero pensamiento del Apóstol. Quien no leyera más que la Carta a los Gálatas, podría suponer que la Ley mosaica tuvo por finalidad principal hacer sentir más al pecador su propia miseria, multiplicando las desobediencias motivadas por sus preceptos (*Gál.*, 3, 19-22); pero la carta a los Romanos muestra que la Ley es justa, buena y santa (*Rom.*, 7, 12-14); formulaba un alto ideal al que el hombre podía conformarse teniendo fe en las promesas mesiánicas y recurriendo a los divinos auxilios. El matrimonio, rebajado en la primera a los Corintios con relación al estado de virginidad (*1 Cor.*, 7) se eleva

(2) Cf. más adelante, págs. 62-64.

a una dignidad incomparable en la Carta a los Efesios cuando el Apóstol pone en parangón la unión de los esposos con la de Cristo y la Iglesia (*Ef.*, 5, 22-33). En la Carta a los Romanos y en otros lugares, parece decir Pablo que los hombres, hagan lo que hagan, están predestinados, unos para la salvación y otros para la condenación. Dios "*tiene misericordia de quien quiere y a quien quiere le endurece*" (*Rom.*, 9, 18). No obstante reafirma de continuo la libertad y la responsabilidad del hombre en la aceptación o rechazo del mensaje evangélico; a nadie se rechaza, sino por su falta, y la insistencia sobre la soberana libertad de Dios para sus elecciones y dones (que llenaba ya el Antiguo Testamento) no ha de hacer perder de vista que respeta siempre la libertad humana. Hay que atar la gavilla relacionando los diversos puntos de vista y entonces producirá asombro la coherencia y la profundidad de las enseñanzas paulinas, y se comprobará que constituyen un cuerpo de doctrina casi completo, precioso regalo de Dios a su Iglesia y un tesoro del que no dejará de vivir. No es de extrañar que en esas condiciones, dado el carácter episódico de tales enseñanzas, queden algo oscuras ciertas alusiones. No sabemos lo que pudiera ser el bautismo por los muertos, mencionado en la 1ª Carta a los Corintios (15, 29) y no acertamos a precisar la naturaleza de los errores combatidos en las Cartas de la primera cautividad y en las Pastorales. Pero esos son puntos secundarios, y semejantes pequeñas incertidumbres no dañan la inteligencia del conjunto, cuya síntesis presentan las teologías de San Pablo (3).

La forma oratoria y apasionada de las cartas supone un dictado rápido. El pensamiento discurre a veces con torrente tan impetuoso, que queda sin terminar la frase.

(3) Cf. la bibliografía.

Así ocurre en 2 *Cor.*, 5, 7; *Rom.*, 5, 12; 9, 22-24; *Ef.*, 2, 2; 3, 1, etc. Varios autores latinos atestiguan que los amanuenses escribían de prisa. No se escapa a la impresión de que San Pablo formulaba su pensamiento con una gran prontitud y un secretario demasiado lento le habría cortado, con frecuencia, la inspiración. Estudios profundos hacen presumir que el dictado de la Carta a los Romanos pudo exigir entre siete y diez horas (4).

Clasificación de las Cartas

Se han intentado diversas clasificaciones de las cartas paulinas. La más en boga distingue:

Las grandes cartas: Romanos, 1 y 2 Corintios, Gálatas.

Las cartas de la primera cautividad: Efesios, Filipenses, Colosenses, a las cuales hay que añadir la esquila a Filemón; también se les denomina cartas cristológicas a causa de sus desarrollos acerca de la persona y de la trascendencia de Cristo;

Las cartas pastorales: 1 y 2 a Timoteo y la dirigida a Tito, con destino a los jefes de iglesias, discípulos del Apóstol; en ellas está menos acentuado el carácter doctrinal.

Se suele poner a parte la Carta a los Hebreos; todos saben que fue redactada por un discípulo de San Pablo, cuya identidad es desconocida; fiel al pensamiento de su maestro, hay un estilo y unos procedimientos literarios muy diferentes para que pueda reducirse su papel al de un mero secretario.

No hay por qué decir que esta clasificación tiene algo de arbitraria, y se le admite principalmente por lo cómoda que resulta.

(4) F. BRUNOT, *Le génie littéraire de Saint Paul*, 202. (Trad. española, Taurus, Madrid.)

CAPITULO II

Características literarias

San Pablo tuvo la ventaja de recibir la doble formación judía y griega. Desde su niñez, como todo joven judío, leyó asiduamente el Antiguo Testamento; más tarde, en Jerusalén, estudió con el afamado maestro, el ilustre rabino Gamaliel (*Act.*, 22, 3). Bajo su dirección adquirió un conocimiento excepcional de la Biblia, cuyas reminiscencias afloran sin cesar en sus cartas, junto a numerosas citas explícitas. El contacto con la Palabra inspirada le valió tal profundidad religiosa y tal sentido de la grandeza de Dios y de su acción sobre los acontecimientos, que contribuyeron poderosamente a su comprensión del plan redentor. La Biblia le aportó asimismo una gran riqueza de imágenes, mucho gusto por la hipérbole, las antítesis, las comparaciones y ciertas formas de razonar, características del modo de ser oriental. El ambiente general de estas cartas —casi no vale la pena comprobarlo— está estrechamente emparentado con el Antiguo Testamento. En nuestros mismos días, los israelitas que se convierten a la fe cristiana, entran a pie llano y con facilidad en el sabroso conocimiento del Nuevo Testamento, en el cual encuentran las maneras de pensar y el lenguaje con el que les tiene familiarizados su educación. Comprueban con suma alegría que el edificio de la Biblia recibe con el Nuevo Testamento un remate perfectamente ligado con la fe de Israel.

Al mismo tiempo que un rabino consumado, San Pablo es un griego. Había leído la Sagrada Escritura en la versión griega de los Setenta y en el texto hebreo. Antes y después de su conversión vivió sobre todo en ambiente griego. Del helenismo heredó una gran riqueza de vocabulario, una extremada finura y delicadeza de pensamiento y de expresión que afortunadamente com-

pensa lo que el genio semítico conserva de algo macizo, y el gusto por la dialéctica. Le gusta argumentar, y se crea fácilmente un adversario imaginario para batirse con él recurriendo a los procedimientos y a las sutilidades que los filósofos estoicos habían puesto de moda, resultando de ello una vivacidad que logra la adhesión de manera más fácil que un razonamiento silogístico abstracto y frío. Encontrará el lector ejemplos de estas discusiones simuladas principalmente a propósito de la derogación de la Ley mosaica y de la doctrina de la salvación por la fe en Jesucristo. Los capítulos 2, 3 y 9 de la Carta a los Romanos son característicos en cuanto a estos diálogos, que excluyen toda escapatoria y dejan al lector asombrado, si no convencido, por la viveza y rigor del razonamiento.

De este modo se preparó el Señor en la persona de Pablo un instrumento apto para llevar su Nombre a todo el universo (*Act.*, 9, 15). Depositó, además, en él unas cualidades raramente juntas en el mismo grado, como son poderosa inteligencia y gran sensibilidad.

Penetración y densidad del pensamiento

El espíritu de nuestro Apóstol es extraordinariamente penetrante y profundo. Al mismo tiempo que lógico, es intuitivo y desde el primer instante va a las últimas consecuencias de los principios sentados sin indicar siempre al lector las articulaciones intermediarias del razonamiento. Cuando trata un punto importante, se expresa con extremada densidad de pensamiento y de doctrina. Esta observación no es sólo válida para las grandes cartas dogmáticas, como las dirigidas a los Gálatas, a los Romanos, a los Efesios; por todas partes surgen a veces inopinadamente, en medio de exhortaciones, unos des-

arrollos doctrinales que no ceden en nada ante aquellas cartas; así sucede en el célebre pasaje de los Filipenses 2, 5-11 sobre las humillaciones y las exaltaciones de Cristo; en el de la primera a Timoteo, 3, 16, acerca del Misterio de la Piedad; en los de la Carta a Tito sobre la redención (2, 13-14) y la regeneración bautismal (3, 4-7) (1). Esta celeridad del razonamiento en función de primeras intuiciones debe, evidentemente, mucho a la aparición que convirtió al fariseo perseguidor, manifestándole, con un resplandor que todo lo iluminaba, que Jesús de Nazaret era el Mesías esperado, que su resurrección autentificaba sus enseñanzas y que era el verdadero y único Salvador. Pablo estuvo de este modo, de un solo golpe, en posesión de lo que a él le gustaba denominar su Evangelio o el Evangelio de Cristo (*Gál.* 1, 7, 9, 11; *Rom.*, 2, 16). Dedujo que, en consecuencia, la Ley mosaica era impotente para justificar, que quedaba definitivamente abolida y que únicamente la fe en Cristo aseguraba la salvación. Hay en sus cartas detalles que hacen pensar en la escena del camino de Damasco. Por eso escribió a los Gálatas:

“Sabiedo que no se justifica el hombre por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo, hemos creído también en Cristo Jesús, esperando ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, pues por éstas nadie se justifica... Mas yo por la misma Ley he muerto a la Ley, por vivir para Dios; estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí.” (*Gál.*, 2, 16, 19-20.)

Hay que sobrentender que por el bautismo, el que cree en Jesucristo está unido a su muerte redentora y

(1) El parentesco de estos pasajes constituye un argumento de peso en favor de la autenticidad de las cartas pastorales.

que por medio de esta muerte mística se aparta para siempre de la Ley. Pero Pablo descuida esta explicación y no podemos comprender bien este pasaje si no lo completamos por la Carta a los Romanos.

Otras fórmulas lapidarias encierran todo un mundo de ideas:

“Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fuésetis ricos por su pobreza.” (2 Cor., 8, 9.)

“Porque si confesares con tu boca al Señor Jesús y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo.” (Rom., 10, 9.)

Dios nos reveló:

“El misterio de su voluntad, que se propuso realizar en Cristo en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, en Él.” (Ef., 1, 9-10.)

“No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús.” (Gál., 3, 28.)

“Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno en parte,” (1 Cor., 12, 27.)

Estos textos son de aquellos en los que la meditación no deja de encontrar siempre nuevas riquezas. Pero su forma recogida y elíptica exige que se les relacione con el conjunto de la enseñanza del Apóstol, centrada sobre la redención por la sangre de Cristo, cuyo fruto es la participación de su vida, unidos todos los creyentes con Él y entre sí dentro de la unidad de un cuerpo único del que constituyen los miembros, siendo Cristo la cabeza. Hay que recurrir a las intuiciones fundamentales que dominan y explican el pensamiento apostólico para captar todo el sentido y el alcance de estos textos fulgurantes cuya brevedad hace difícil la interpretación.

Con frecuencia las dificultades que se le presentan al Apóstol las salva éste por medio de una respuesta lapidaria que va al fondo de las cosas y no admite réplica.

El emocionante desarrollo de la carta a los Gálatas, citado anteriormente, acerca de la justificación por la fe en Jesucristo y la abrogación de la Ley mosaica, termina con este argumento categórico: “Si por la Ley se obtiene la Justicia, en vano murió Cristo.” (Gál., 2, 21.) Lo absurdo de la consecuencia prueba la falsedad del punto de partida.

En Corinto empiezan los fieles a formar grupitos, pronunciándose los unos por Pablo, otros por su discípulo Apolo, otros, por Pedro y otros por el mismo Cristo, pretendiendo poseer más perfectamente su pensamiento. El Apóstol corta por lo sano estas tentativas, que comprometen la unidad de la Iglesia: “Está dividido Cristo?” (1 Cor., 1, 13). Después se pone él mismo en escena y arremete contra los que se declaran por él de manera desordenada: “¿Ha sido crucificado Pablo por vosotros o habéis sido bautizados en su nombre?” (1 Cor., 1, 13).

A los mismos Corintios, tal vez poco arrepentidos de sus pasados desórdenes, los quiere convencer que se han de apartar de la impureza por razones más elevadas y rotunda advertencia:

“¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy yo a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡No lo quiera Dios!... ¿no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Cor., 6, 15, 19, 20).

Con parecida alteza de miras trata la cuestión de las carnes ofrecidas a los ídolos. En sí es indiferente el consumo de tales alimentos, puesto que los ídolos no son nada. Pero se han de respetar los escrúpulos de los cristianos aun mal instruidos y evitar el escándalo:

“Entonces perecerá por tu ciencia el hermano flaco por quien Cristo murió. Y así, pecando contra los hermanos e hiriendo su conciencia flaca, pecáis contra Cristo” (1 *Cor.*, 8, 11-12).

Algunos años después, invita el Apóstol a los corintios para que participen en una generosa colecta en favor de la Iglesia de Jerusalén, que se debate en la pobreza. Es justo que socorran con la limosna material a aquellos de quienes han recibido muchos bienes espirituales. Pablo insiste con delicadeza, cuidando de no dar ninguna orden. Recurre a un argumento inesperado cuya profundidad anuncia el gran texto de la Carta a los Filipenses:

“Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por nuestro amor, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza” (2 *Cor.*, 8, 9).

¿Cómo no convencerse con semejante ejemplo? En las cartas se encontrarán otros muchos rasgos tan característicos y enjundiosos. San Pablo siempre basa sus órdenes o consejos en los principios doctrinales de los que vosotros fueseis ricos por su pobreza” (2 *Cor.*, 8, 9).

Sensibilidad

Las prestigiosas fórmulas de las cartas denotan una sensibilidad agitada y un alma fogosa cuyo ascendiente, casi irresistible, ganó para Cristo innumerables fieles. El alma y el carácter del Apóstol se transparentan en sus cartas de modo que ningún escritor habrá sabido seguramente igualar.

Su sensibilidad se manifiesta de manera brusca desde

las primeras líneas de su Carta a los Gálatas; la emprende con extremada vivacidad contra sus correspondientes por apartarse del verdadero Evangelio por causa de los judaizantes que pretendían imponerles la Ley mosaica y la circuncisión:

“Me maravillo de que tan pronto, abandonando al que os llamó a la Gracia de Cristo, os hayáis pasado a otro evangelio. No es que haya otro; lo que hay es que algunos os turban y pretenden pervertir el Evangelio de Cristo. Pero aunque nosotros o un ángel del cielo os anunciase otro evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema” (*Gál.*, 1, 6-8).

Sigue una argumentación concisa en la que Pablo justifica la autenticidad de su misión y demuestra la concordancia de su magisterio con el de Pedro y los demás Apóstoles. Mezcla otras expresiones mortificantes para los necios de los Gálatas que se han dejado hechizar (*Gál.*, 3, 1). Pero los quiere profundamente y su corazón toma la delantera con un conmovedor conjuro:

“¡Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros! Querría hallarme a esta hora entre vosotros y hablaros en varios modos, porque no sé cómo voy a hacer con vosotros” (*Gál.*, 4, 19-20).

Se nota en el Apóstol un sentimiento constante; rebosa de una abnegación llena de ternura hacia los que ha ganado para Cristo. Escribiendo a los Tesalonicenses se compara a una madre en los asiduos cuidados y a un padre que no deja de exhortar y animar a sus hijos. Está dispuesto a dar su vida por ellos, que tan queridos le son (1 *Tes.*, 1, 7-8, 11). No obstante, su cariño nunca le ciega y dirige serias advertencias a los iluminados que se cruzan de brazos y se niegan a trabajar, con el pretexto de que es inminente el retorno glorioso del Salvador (2 *Tes.*, 3, 6-12). En la primera

a los Corintios entremezcla al mismo tiempo avisos imperativos y severidades justificadas con protestas de amor paternal (1 *Cor.*, 3, 14-15). Las más graves sanciones que se ve obligado a imponer —por ejemplo con respecto a los incestuosos— tienen por única finalidad la enmienda y la salvación definitiva del culpable (1 *Cor.*, 5, 1-5). En la 2ª a los Corintios se encuentra en el más alto grado esta diversidad de tono y de sentimientos, y a lo largo de toda ella les insta Pablo a defenderse de los implacables adversarios o archiapóstoles, como él dice, no sin ironía (11,5) que desfiguran sus intenciones y minan su autoridad. Jamás se ha mostrado un alma con tanta riqueza, penetración y profundidad religiosa como Pablo al realizar esa extraordinaria justificación en la que se ponen de manifiesto todos los sentimientos, seguida de la maravillosa descripción de sus trabajos apostólicos. A veces los reproches sobrepasan toda medida, pero se le han de disculpar por su fidelidad a la misión de que está encargado y a su caridad, que asoma por todas partes.

Con los Filipenses, a los que quiere de un modo particular para corresponder a su delicadeza, el tono es más moderado y Pablo se expresa con amable abandono (*Flp.*, 4, 10-20). La misma afectuosa paternidad se advierte en las cartas pastorales, donde prodiga consejos a sus amadísimos discípulos nombrados por él jefes de iglesias (2 *Tim.*, 1, 4; 4, 9 etc.) En la esquila a Filemón se hace amablemente insinuante y se expresa con exquisita delicadeza para obtener el perdón de un esclavo ladrón, que le devuelve convertido, después de haberlo engendrado entre cadenas, pidiendo a su dueño que lo reciba con bondad y lo considere en adelante como un querido hermano (*Flm.*, 10, 15).

Hasta en los solemnes desarrollos doctrinales dirigidos a los Romanos, muestra Pablo la bondad de su co-

razón, como, por ejemplo, cuando se desalienta por la incredulidad de sus hermanos de Israel, hasta el punto de desear ser anatema de Cristo, con tal que ello pudiese asegurar su salvación (*Rom.*, 9, 1-5).

Pero lo que más hace admirar el corazón de Pablo es la evidencia de que el amor que rebosa para con sus hijos, tiene su fuente en el amor de Cristo: “Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (*Gál.*, 2, 20). Toda el alma de Pablo se contiene en ese grito inolvidable. Vive en la constante intimidad de Aquel a quien el Padre celestial quiso hacer el primogénito de una multitud de hermanos (*Rom.*, 8, 29) y cuyo amor le llevó a entregarse por nosotros (*Ef.*, 5, 2).

“¿Quién nos arrebatará al amor de Cristo?... Persuadido estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni las virtudes; ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor” (*Rom.*, 8, 35, 38).

Como se ha dicho con mucha razón, el corazón de San Pablo es el de Cristo. Con el amor a su Maestro y a los fieles, miembros de su cuerpo, y que hacen una sola cosa con El (1 *Cor.*, 12, 27; *Gál.*, 3, 28) se entrega por entero a todos a fin de ganarlos para Cristo (1 *Cor.*, 9, 19-22). Estas elevadas intenciones son la clave de su tierna sensibilidad, de su continua e inquieta solicitud por los que engendra espiritualmente. Todo se explica por ellas, incluso los excesos y los giros fogosos inesperados.

Imaginación — Comparaciones

La sensibilidad paulina está alimentada por una rica imaginación y por un temperamento apasionado que le

hacen interesarse vivamente por todas las cosas, contribuyendo a poner en valor la doctrina cuya formulación realiza su magnífica inteligencia. De ahí resulta a lo largo de las cartas un carácter muy personal y una elocuencia tanto más atrayente cuanto menos la busca ni piensa llevar a efecto. Por todas partes se traslucen sus íntimos sentimientos, dando un acento inimitable a cuanto escribe. Todo lector de San Pablo queda prendido por su extraordinario ascendiente y si está sinceramente dirigido a Dios, recaba un gran bien. El Apóstol es el primer eslabón de una gran familia espiritual que ha contribuido poderosamente a vivificar la Iglesia y que entre sus insignes representantes cuenta con S. Agustín, Santa Teresa, Pascal, Newman. . .

Contrariamente a lo que podría esperarse, el gran viajero que fue San Pablo parece haber quedado muy impresionado por el espectáculo de la naturaleza y por los lugares visitados en el curso de sus misiones. Siendo de origen ciudadano, casi ejerció exclusivamente su ministerio apostólico en grandes poblaciones, partiendo de las cuales podía propagarse más fácilmente el Evangelio. Su mirada se fija preferentemente en las realidades interiores: llamamiento a la fe, participación en el misterio redentor, transformación de las almas por Cristo, que es el objeto de su admiración. Las imágenes a que recurre se relacionan principalmente con la psicología y la actividad humanas.

La más célebre de tales comparaciones es la del cuerpo humano. Los fieles son los miembros de un inmenso organismo, el cuerpo de Cristo, en el que cada cual tiene su función concurriendo al bien del conjunto dentro de una solidaridad más profunda y más eficaz que la que vincula las diversas partes del cuerpo (1 Cor., 12, 12-30). Cristo comunica su vida a cada uno de sus miembros y se los une de la manera más

íntima. La comparación se completa y precisa en las Cartas de la cautividad: Cristo desempeña más especialmente en el vasto organismo sobrenatural el papel de cabeza, principio de vida, de autoridad y de cohesión, aunque con la evidencia de que es al mismo tiempo el cuerpo entero que sólo tiene vida por El (Col., 2, 19; 3, 15; Ef., 3, 6; 4, 4, 15). Este Cuerpo de Cristo vivificado por El constituye su Iglesia, que manifiesta exteriormente dicha vivificación (Col., 2, 24; Ef., 1, 22-23), con la participación de todos y cada uno del único Espíritu, y con la comida común del cuerpo glorioso del Salvador en la Eucaristía (1 Cor., 10, 16-17). Esta doctrina del cuerpo de Cristo — el cuerpo místico, dicen los teólogos — ha recibido en nuestros días un desarrollo y una profundización extraordinaria, cuya fecundidad percibimos más y más (2).

La comparación del edificio está conexas a la del cuerpo, y Pablo llega a yuxtaponerlas (1 Cor., 6, 19-20; Ef., 4, 16). Cristo es la piedra angular del edificio espiritual cuyo cimiento lo constituyen los Apóstoles y los Profetas, y encuentra su solidez, ligación, crecimiento y santidad en Cristo (Ef., 2, 19-22). Los obreros apostólicos edifican sobre el único basamento con materiales de inigual calidad cuyo valor se apreciará debidamente el día del juicio por Dios, del que ellos son colaboradores y que es el único que da crecimiento (1 Cor., 3, 5-15; 4, 1-2). Los fieles constituyen de este modo el templo de Dios, morada del Espíritu Santo, digno del más profundo respeto (1 Cor., 3, 16-17; 6, 19-20). Es constante la insistencia sobre las relaciones del cristiano con las divinas personas que habitan en él (Rom., 8, 11; Ef., 3,

(2) Se entreen las consecuencias morales que San Pablo deduciría de ella. Véase, a tal objeto, más adelante, lo que se dice en las páginas 100-103.

17, etc.) y cuya adorable presencia, fruto de la sangre redentora de Jesús, constituye un aspecto esencial de la vida cristiana.

Se advierte fácilmente la intimidad espiritual y la unidad de vida con Cristo sugerida por estas comparaciones. Existe otra, igualmente grata a Pablo, que es la de la unión conyugal. Los fieles son los prometidos de un único esposo; son a manera de vírgenes puras presentadas a Cristo (2 Cor., 11, 2). La plena unión amorosa de la Iglesia con Cristo que dio su vida por ella, la presenta San Pablo como el inmortal modelo de la unión entre los esposos cristianos dentro de su mútuo amor y recíproco respecto (Ef., 5, 22-33). vieja comparación eminentemente bíblica de la que San Pablo saca una profunda lección que, al mismo tiempo, exalta al más alto grado la dignidad del matrimonio cristiano.

Todavía hay otras comparaciones que ilustran las enseñanzas y exhortaciones de las Cartas. El cristiano está invitado a trabajar para adquirir una corona inmarcesible, con tanto o mayor espíritu de sacrificio y de ardor con que los corredores se preparan para las competiciones atléticas del estadio, los cuales sólo aspiran a un premio insignificante, que al fin tan sólo consigue uno, mientras que en el ascetismo cristiano todos pueden y deben alcanzar el premio (1 Cor., 9, 24-27). Para esta lucha difícil está el cristiano bien armado y pertrechado, puesto que dispone de una panoplia espiritual extraordinaria. S. Pablo compara la verdad, la justicia, la fe, la esperanza de la salvación a las diversas piezas de la armadura del soldado romano (Ef., 6, 13-17). Recordando sus tiempos de fabricante de tiendas anima a los Corintios con la perspectiva de la tienda eterna que les está reservada en los cielos, no hecha por mano de hombre, y que, sin reparar en la coherencia de las imágenes, compara con un vestido que desearíamos ponernos en-

cima de nuestro traje terrestre: si nos fuera posible ir a Cristo sin pasar por la muerte (2 Cor., 5, 1-4). El trabajo de los obreros evangélicos es parecido al de los jardineros y hortelanos, que plantan y riegan (1 Cor., 3, 6); y de los israelitas dice el Apóstol que un día vendrán a Cristo, como ramas desgajadas del olivo al que pertenecían anteriormente, por ser más capaces de quedar insertados que las ramas silvestres, representadas por los paganos, convertidos en gran número, a pesar de las dificultades para su inserción en el verdadero olivo (Rom., 11, 17-24). De igual modo que las primicias anuncian la cosecha próxima, la resurrección de Cristo garantiza la nuestra (1 Cor., 15, 20-23), y el Salvador, cordero pascual inmolado por nosotros, nos invita a celebrar la nueva Pascua como ácidos de pureza y de verdad y no con una vieja levadura de malicia y de perversidad que contaminaría toda la masa (1 Cor., 5, 6-8).

Ya se ve la abundancia de las imágenes y de las comparaciones, aunque no las indica más que sobriamente (salvo en cuanto al cuerpo en la 1 Cor., 12). No constituyen sino un soporte del pensamiento y no se desarrollan como las parábolas evangélicas. Dejamos de enumerarlas para no resultar pesados. Consideraremos algunas examinando diversas particularidades del estilo paulino.

Antítesis: ley y fe, carne y espíritu; Adán y Jesucristo

La repentina conversión provocada por la aparición de Cristo y la convicción resultante del hecho para Pablo acerca de la redención y de la renovación de todas las cosas por el sacrificio del Calvario, le llevan a un continuo empleo de antítesis, muy del gusto tanto de los

judíos como de los griegos, en las que opone la nueva Alianza a la antigua, y el estado del cristiano regenerado al del hombre pecador: "Lo viejo pasó, se ha hecho nuevo" (2 Cor., 5,17).

Al régimen de la ley mosaica siguió el de la fe. Las Cartas a los Gálatas y a los Romanos demuestran extensamente, y no por cierto sin rodeos de pensamiento, algo complicados, que no son de extrañar tratándose de un tema tan complejo, que la Ley mosaica quedó abolida por el sacrificio de Cristo. Por sí misma nunca habría bastado para justificar al judío, promulgando, como toda disposición legislativa, unos preceptos para cuya observancia no podía prestar la fuerza necesaria; la fuerza había que esperarla de los divinos auxilios con la fe en el cumplimiento de las promesas mesiánicas. Esa economía provisional quedó abolida, y la fe que justifica es la de Cristo, en quien todas las promesas tuvieron adecuado cumplimiento. La postura de los conversos judíos, que pretendían imponer la observancia de la Ley como necesaria para la salvación (Act., 15, 1), hizo reaccionar vigorosamente a San Pablo, y acentuar la antítesis *ley-fe* como caracterizando ambas economías sucesivas conforme a su elemento preponderante.

Otra antítesis familiar al Apóstol es la de la *carne* y el *espíritu*. Las más de las veces no entiende por el término carne únicamente la material, sino también el conjunto de tendencias que inclinan al pecado (Rom., 8, 7). En este sentido, incluso la inteligencia puede tomarse por carnal (Col., 2, 18), y entre las obras detestables de la carne, enumera San Pablo los desórdenes concernientes al alma, como la idolatría, las enemistades, las discordias, al lado de los pecados carnales propiamente dichos (Gál., 5, 19-21). Hay en ello una visión psicológica muy profunda acerca de las relaciones entre el alma y el cuerpo, y una manera de hablar amplia-

mente justificada por el hecho de que la tendencia al pecado tiene en la carne sus manifestaciones más aparentes, pero no las más temibles. La carne se hace así sinónimo de debilidad, de imperfección, de corruptibilidad, estando a veces entremezclados estos diversos sentidos.

"Pues lo que a la Ley era imposible, por ser débil a causa de la carne (como principio de pecado), Dios, enviando a su propio Hijo en carne semejante a la del pecado (una naturaleza humana sujeta al sufrimiento y a la muerte), y por el pecado, condenó al pecado en la carne (la misma carne de Cristo y la humanidad solidaria de Cristo por la fe en El), para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu" (Rom., 8, 3-4).

El espíritu, además de la parte superior de la persona, representa el conjunto de tendencias buenas inspiradas por el Espíritu Santo, de manera que se puede llamar carnal al alma pecadora, de igual manera que el cuerpo empleado en el servicio de Dios se convierte, de algún modo, en espíritu, esperando que el día de la resurrección se convierta en cuerpo espiritual (lo que no quiere decir inmaterial, sino enteramente sumiso al alma) e incorruptible. (1 Cor., 15, 42-44). En suma, el espíritu designa al hombre bajo la influencia del Espíritu Santo, y la carne al que se sustrae de esa misma influencia. Ya se comprenderá que es irreductible el antagonismo entre la carne y el espíritu: todo hombre está ante la alternativa de elegir entre las tendencias de la carne, que inclinan a odiar a Dios y las del espíritu, sometidas a la Ley de Dios (Rom., 8, 5-8). De ahí se deduce que el término espíritu representa tanto la parte espiritual del hombre como el sobrenaturalizado por la presencia y la acción del Espíritu Santo.

“Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu (el espíritu del hombre transformado por el de Dios), si es que de verdad el espíritu de Dios (persona divina) habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, éste no es de Cristo. Mas si Cristo está con vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu (el del hombre supernaturalizado) vive por la justicia... El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu (al espíritu del hombre que anima) de que somos hijos de Dios” (Rom., 8, 9-10, 16).

Así, pues, en cada caso, se ha de determinar el sentido de los términos por el contexto; es una de las dificultades que presenta el lenguaje paulino, pero también, al propio tiempo, una de sus riquezas.

La carne y el espíritu, tal como los entiende San Pablo, conduce respectivamente a la *muerte* y a la *vida*. También es aquí muy grande la amplitud de los términos: la muerte es, a la vez, muerte espiritual, la muerte corporal, consecuencia del pecado, y la muerte eterna, su resultado. La vida, además de vida natural, es la vida de la gracia, y, finalmente, la vida eterna, en la que encontrará su expansión, primeramente el alma y, en el último día, el cuerpo. Algunos textos superponen estos conceptos y diversas significaciones, como por ejemplo el paralelismo entre Adán y Cristo a propósito de la caída original (Rom., 5, 12-21). La sanción del pecado es la muerte, en todos los sentidos de la palabra, mientras que el don de Dios es la vida eterna en Cristo (Rom., 6, 21, 23; 7, 10).

Hay otras antítesis correlacionadas con las precedentes. Al estado de injusticia del hombre bajo el dominio del pecado se opone la justicia debida a la gracia merecida por Cristo, cuyo sacrificio redentor hace que suceda a la sentencia condenatoria que amenazaba a los

pecadores, la sentencia de justificación por la que quedan reconciliados con Dios (Rom., 5, 15-19). Los cristianos, antes esclavos del pecado, se convierten en esclavos de la justicia, pero esta esclavitud es la suprema liberación y la verdadera emancipación (Rom., 6, 16-19; 1 Cor., 7, 21-22). Antes estaban en las tinieblas y luego en la luz, debiendo portarse de manera consecuente (Ef., 5, 8; 1 Tes., 5, 4-5; Romanos, 13, 12); el velo que cubría sus ojos en la lectura de la Escritura, se ha quitado y reflejan la gloria del Señor en sus caras descubiertas (2 Cor., 3, 14-18), esperando contemplarlo cara a cara en la eternidad bienaventurada (1 Cor., 13, 12); han pasado de la sombra a la realidad (Heb., 10, 4).

Estas diversas antítesis se refieren a otra más fundamental de la que vienen a ser expresiones parciales, o sea, la antítesis entre los dos cabezas de la humanidad: Adán y Cristo, el primero, la figura, *el tipo del que había de venir* (Rom., 5, 14), y Cristo su antitipo; Adán precipitó a sus descendientes en el pecado y en la muerte, mientras que Cristo, mediante su pasión y su resurrección les devolvió la vida y les aseguró su salvación. La venida de Cristo y su muerte redentora operaron una profunda transformación, efectuándose un cambio decisivo y reparándose de manera sobreabundante los estragos causados por el pecado del primer hombre, aumentado por todas las faltas de sus descendientes:

“Por consiguiente, como por la transgresión de uno solo llegó la condenación a todos, así también por la justicia de uno solo llega a todos la justificación de la vida. Pues como por la desobediencia de uno muchos fueron los pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán hechos justos... donde abundó el pecado sobreabundó la gracia, para que, como reinó el pecado por la muerte, así también reine la gracia por

la justicia para la vida eterna por Jesucristo nuestro Señor" (*Rom.*, 5, 18-21).

Siempre tendremos que referirnos a esta grandiosa doctrina para explicarnos las antítesis paulinas: la desdichada solidaridad de los hombres con Adán quedó reparada por su solidaridad con Jesús redentor, solidaridad mucho más fácil de comprender que la primera, porque los factores que han intervenido, la gracia misericordiosa de Dios, el don de la justicia y de la vida consecutivos a la intervención de Cristo, son más poderosos que el pecado y la muerte, su consecuencia. El cristiano ya no está bajo el viejo régimen de la letra que mata, tapando con la lectura de la Escritura los ojos de quienes se niegan a reconocer a Cristo, se halla bajo el nuevo régimen del espíritu, que da la vida mostrando que la antigua economía preparaba al Cristo y a El conducía (*Rom.*, 7, 6; *2 Cor.*, 3,6). También puede concluir triunfalmente el Apóstol entreviendo a la vez los efectos actuales de la redención y su acabamiento por la resurrección corporal:

"Porque como por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos. Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados" (*1 Cor.*, 15, 21-22).

Ya no puede haber, por lo tanto, duda alguna con respecto a las observancias mosaicas, a la circuncisión o no circuncisión; la Ley mosaica no fue más que una institución provisional, gloriosa en muchos aspectos, a pesar de la multiplicación de los pecados de que fue motivo por la maldad de los hombres (*Gál.*, 3, 19). El paréntesis se cerró definitivamente. La única circuncisión válida es la del corazón, no la de la carne (*Rom.*, 2, 28-29).

"Nada es la circuncisión, nada el prepucio, sino la guarda de los preceptos de Dios" (*1 Cor.*, 7, 19).

"Ni la circuncisión es nada ni el prepucio, (lo que vale) sino la nueva criatura" (*Gál.*, 6, 15).

Ahí está la clave de la dialéctica paulina: todas las antítesis o contradicciones aparentes, así como las oposiciones, se resuelven considerando la renovación aportada por Cristo y la obligación de cooperar a ella mediante una vida dominada y constantemente inspirada por la fe y la acción del Espíritu de Dios.

Personificaciones:

el pecado, la muerte, la vida, la gracia

San Pablo expresa estas sublimes enseñanzas de una manera extraordinariamente viva y original, que refleja su temperamento personal.

La malicia del pecado y los efectos de la redención aportada por Cristo son para el Apóstol realidades siempre presentes y profundamente sentidas. Lejos de verlas en abstracto, las personifica, poniéndolas así al servicio de una lógica rigurosa con dramática imaginación.

Achaca el *Pecado* a la instigación del demonio (*2 Cor.*, 11,3), que entró de manera siniestra en el mundo tras la desobediencia de Adán (*Rom.*, 5, 12). Armado de pies a cabeza, por así decirlo, el pecado ejerce su poder destructor en toda la humanidad; su reino se opone al Reino de Dios (*Rom.*, 5, 21; 6, 12). Habita en el hombre, al que arrastra hacia el mal (*Rom.*, 7, 20) y lo tiene esclavizado (6, 6, 16-20). Abusa de la Ley y toma pretexto de ella para excitar la codicia (*Rom.*, 7, 8-11), haciendo así realidad su máxima oposición a Dios (*Rom.*, 7, 13). Solamente Cristo puede aniquilar su imperio y librar de él al hombre (*Rom.*, 8, 2-3).

Paradójicamente el pecado se ve ayudado en sus es-

tragos por la Ley dada a Israel. Aunque espiritual, santa y buena (Rom., 7, 12), hizo que se multiplicaran los pecados y el Apóstol llega a decir que estaba ordenada con miras al desbordamiento del mal (Gál., 3, 19), sin duda para hacer sentir más profundamente al hombre su miseria y la necesidad de los divinos auxilios (Rom., 5, 20): la fuerza del pecado es la Ley (1 Cor., 15, 56). Inversamente, la fe en Jesucristo justifica al hombre y le da la vida (Gál., 2, 20; 3, 11; Rom., 1, 17; Ef., 2,8) cuando a ella va unida la caridad (Gál., 5, 6).

Otra comparsa, todavía más siniestra, del pecado es la Muerte, tanto espiritual como corporal. Entró en el mundo por él y con él (Rom., 5, 12) y reinó con él sobre los hombres (Rom., 5, 14, 17); el pecado es como un aguijón y su dardo emponzoñado (1 Cor., 15, 56); es la consecuencia legítima del pecado (Rom., 6, 23) que conduce inevitablemente a la muerte. Según esto, la muerte es el enemigo supremo, “el último”, que Cristo aniquilaría (1 Cor., 15, 26); su derrota manifestaría el triunfo definitivo de Cristo, que sorbería la muerte por la victoria, expresando de este modo que acabaría el reinado del pecado (1 Cor., 15, 54-57).

Frente a la muerte se alza la Vida, igualmente personificada: ¿No se hace, acaso, vida nuestra la de Jesucristo al comunicárnosla El (Col., 3, 4) por la Gracia? Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, para que, como reinó el pecado por la muerte, así también reine la gracia por la justicia para la vida eterna (Rom., 5, 20-21), y Pablo la desea al principio de sus Cartas a todos sus corresponsales.

Se podrían citar muchas otras personificaciones: la carne y el espíritu, mencionados más arriba, siempre antagonistas (Rom., 8, 5-8), que se disputan la adhesión del hombre en una lucha sin misericordia cuyo objetivo final es la vida eterna (Rom., 8, 12-13) — la circuncisión

y la incircuncisión (Gál., 6, 15; Rom., 3, 30 — el Reino de Dios al que somos llamados (1 Tes., 2, 12) y en el que nos hace entrar arrancándonos del poder de las tinieblas (Col., 1, 13) (3), la cruz de Cristo, objeto principal y primordial de la enseñanza paulina (1 Cor., 17-18, 24-25), conjunto de efectos del sacrificio redentor (Col., 1, 20; Ef., 2, 16), y sacrificio en sí al que se une el Apóstol (Gál., 2, 19) y en el que encuentra su gloria (Gál., 6, 14).

El poder de evocación, al que el lector apenas puede resistirse, se debe a estas personificaciones, y ofrece otras particularidades de expresión, siendo preciso indicar las más características.

Otras particularidades

La densidad del pensamiento paulino, que ya hemos señalado, hace que una idea llame a otra, muchas veces por simple alusión. Entonces es extremada la plenitud doctrinal, pero es tan simple la expresión, que para ver claro en ella, hay que referirse al conjunto de la doctrina del Apóstol.

Pongamos por ejemplo el solemne exordio de la Carta a los Romanos:

“Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado al apostolado, elegido para predicar el Evangelio de Dios, que por sus

(3) La circuncisión, además del rito material, designa la totalidad del pueblo de Israel y el régimen mosaico, del que era una de sus prescripciones características (Gál., 2, 7, 12; 5, 6; 6, 15; Rom., 4, 11-12). El Reino de Dios es ora el conjunto de los bienes mesiánicos y la heredad eterna, merecidos por Cristo (1 Tes., 2, 12; Col., 1, 13; 2 Tim., 4, 1), ora las exigencias morales que condicionan su posesión (Rom., 14, 17; 1 Cor., 6, 9; Gál., 5, 21, etc.).

profetas había prometido en las Santas Escrituras, acerca de su Hijo, nacido de la descendencia de David, según la carne, constituido Hijo de Dios, poderoso según el Espíritu de Santidad a partir de la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor, por el cual hemos recibido la gracia y el apostolado para promover la obediencia a la fe, para gloria de su nombre en todas las naciones, entre las cuales os contáis también vosotros, los llamados de Jesucristo; a todos los amados de Dios, llamados santos, que estáis en Roma, la gracia y la paz con vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo (*Rom.*, 1, 1-7).

Se trata de la salutación habitual, pero aquí está desmesuradamente amplificada por una larga frase. Como de ordinario, Pablo se menciona, pero el título de apóstol despierta en su espíritu la idea del objeto del apostolado, a saber, el Evangelio anunciado por los profetas y cuyo centro es el Hijo de Dios, Jesucristo. Pero Jesucristo pertenece por su naturaleza humana a la descendencia de David, aunque es también Hijo de Dios, establecido por su resurrección en el pleno ejercicio de su poder, como convenía a su naturaleza divina (literalmente a su Espíritu de Santidad). Entonces aparece como Señor e igual a Dios. Cristo es quien ha llamado a Pablo a la fe y al apostolado, con miras, sobre todo, a la evangelización de los paganos, que constituyen la mayoría de los fieles de Roma. También han sido ellos llamados por Jesucristo, y al final formula el Apóstol su salutación: la gracia y la paz con vosotros. Con pocas palabras ha dado de este modo un resumen de su doctrina y de la naturaleza en particular de su misión: insistencia, sin duda, motivada por dirigirse a una iglesia no evangelizada por él y a la cual anuncia

su visita (1, 8-15). Esta salutación no puede comprenderse enteramente si no se la relaciona con las enseñanzas más completas de las otras cartas, pero ello exige un comentario.

La exposición de la doctrina de la justificación por la fe, que cierra el relato del incidente de Antioquía con San Pedro (*Gál.*, 2, 14-21) sugiere observaciones parecidas y más aún el complicado razonamiento que tiene lugar más adelante a propósito del caso de Abraham, justificado por su fe en las promesas mesiánicas y no por la Ley mosaica, (*Gál.*, 3, 6-14). Lo mismo cabe decir del pasaje cristológico de la Carta a los Colosenses (*Col.*, 1, 15-20) y del grandioso prólogo de la Carta a los Efesios (1, 13-14). El inventario detallado de todas sus riquezas exige un trabajo que no todos tienen la posibilidad de realizar, pero los que lo hacen quedan ampliamente recompensados.

Hay que observar, además, que el pensamiento de Pablo, como consecuencia de su plenitud y también por dictar sus cartas, no encuentra siempre desde el principio su forma definitiva, procediendo luego el Apóstol a sucesivos desarrollos que un lector superficial podría tomar por repeticiones, pero cada uno de ellos aporta una precisión o un nuevo elemento, de igual modo que en la marea alta, cada ola, tras un aparente retroceso, avanza más allá que la precedente (4). En el paralelismo entre Adán y Cristo (*Rom.*, 5, 12-19), el Apóstol manifiesta en un principio que Adán es *tipo del que había de venir*, sugiriendo de este modo nuestra solidaridad con Cristo y con Adán. Mas antes de afirmarlo explícitamente, dice que la solidaridad con Cristo es

(4) En San Juan se encuentra un procedimiento análogo, aunque su genio difiere del de Pablo (confróntese BRUNOT, páginas 57-58).

más eficaz y hacedera que la solidaridad con Adán, porque la bondad de Dios, el don de la gracia y la vida divina son más potentes que el pecado y la muerte. Tres círculos concéntricos (15-17) se oponen, pues: al reino de la muerte, la gracia divina; a la sentencia de condenación del primer hombre, la sentencia absolutoria para todos los pecados de los hombres; y al reino de la muerte, el reino de los creyentes en la vida sobrenatural. Y entonces puede declarar Pablo con certeza triunfal: "Pues como por la desobediencia de uno muchos fueron los pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán hechos justos" (19). Igual sucede en el desarrollo siguiente acerca del bautismo (*Rom.*, 6, 1-11). El Apóstol hace ver que el cristiano está muerto al pecado y engendrado para una nueva vida. Esta transformación se opera en el bautismo, que une al catecúmeno a la muerte, a la sepultura y a la resurrección de Cristo; se inserta, pues, en Cristo, muriendo y viviendo con él. Su muerte es la del hombre viejo, es decir, que muere al pecado, y su vida, una vida para Dios en Cristo. La conclusión es que el cristiano queda libre del pecado tan radicalmente, como lo estaría por la muerte, y que a la muerte mística sucede una vida superior, que participa de la vida de Cristo resucitado. Desde un punto de vista análogo podría estudiarse el emocionante y difícil pasaje de la *2 Cor.*, 5, 1-10. Otras veces, una simple mención al principio de la carta anuncia la idea central desarrollada más adelante; así sucede en *Gál.*, 1, 4, donde la afirmación de que Cristo murió por nuestros pecados, preludia la demostración de la impotencia de la Ley a tal respecto; en *1 Tes.*, 1, 10 y en *2 Tes.*, 1, 6-10, la alusión a la parusia, cuyos aspectos constituyen la parte esencial de ambas cartas. Además, los argumentos desigualmente desarrollados se sobreponen unos a otros aportando una demostración plenamente concluyente, pero cuyos ele-

mentos y relativo valor sólo parecen bien con la reflexión. En el caso sobre los avisos relativos al velo de las mujeres en *1 Cor.*, 11, 2-16, y más aún para demostrar la impotencia de la Ley en *Gál.*, 2, 15-21. Con mucha frecuencia mezcla, sin cuidarse de un orden mejor, los avisos y consejos personales con las altas reflexiones teológicas, siendo típicas a este respecto la 2ª a los Corintios y la dirigida a los Gálatas. Pero también se desarrolla a veces la argumentación en magnífico crescendo, como ocurre en *Rom.*, 8, 19-30, donde Pablo muestra que nuestra glorificación total por la resurrección corporal, la esperan las criaturas inanimadas y no sólo la deseamos ardientemente nosotros, sino también el Espíritu Santo, y por último, también la quiere el Padre. El Apóstol rompe entonces en acentos de triunfo y celebra el carácter indefectible de la esperanza cristiana: "Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (*Rom.*, 8, 31).

Este último pasaje, desbordante de lirismo, hace pensar en un *himno*. El caso no es único. Todos están conformes en admitir que el pasaje cristológico de la Carta a los Filipenses, 2, 5-11 reproduce un himno retocado por San Pablo, si es que no es él mismo su autor, lo que no tendría nada de particular. Las mismas características literarias se encuentran en el majestuoso prólogo de la Carta a los Efesios, 1, 3-13. Citemos aun de la misma, 4, 4-5:

"Sólo hay un cuerpo y un espíritu, como también una sola esperanza, la de vuestra vocación. Sólo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos".

Se reconoce fácilmente un ritmo análogo y una riqueza doctrinal parecida en la primera a Timoteo, 3, 16:

"Y sin duda que es grande el misterio de la piedad: que se ha manifestado en la carne,

ha sido justificado por el Espíritu,
ha sido mostrado a los ángeles,
predicado a las naciones,
creído en el mundo,
y ensalzado en la gloria’.

Los desarrollos A, B, A’

El temperamento literario de San Pablo y la marcha oratoria de su estilo se vuelven a encontrar con una particularidad sobre la que ha insistido, con razón, la exégesis reciente, y que se halla por lo menos en siete Cartas: *Después del enunciado de una afirmación (A), vienen unas consideraciones que más o menos parecen digresiones (B), y luego un retorno al pensamiento inicial (A’) reforzado y justificado por el aparente paréntesis.* Los ejemplos del esquema A, B, A’, son numerosos en las cartas de la cautividad, lo mismo que en las precedentes, cosa que tiene su importancia para la autenticidad del conjunto. La enumeración casi completa puede verse en BRUNOT, 42-48. Bastará considerar algunos casos.

El procedimiento es constante en la Carta a los Romanos.

A la revelación de la justicia de Dios: A (1, 17) — se opone la revelación de su ira, merecida por todos los hombres pecadores, paganos y judíos: B (1, 18-3, 20) — Pablo reanuda el tema de la manifestación de la divina justicia obtenida por la sangre de Cristo: A’ (3, 21-30). El largo desarrollo del desbordamiento universal del pecado pone en valor la necesidad de la justificación para librarnos de los castigos divinos. Más adelante (5-8), Pablo demuestra igualmente en tres tiempos que el amor de Dios es la fuente de la salvación: el tema A está expresado en 5, 1-11 — el Apóstol de-

muestra en seguida que Jesucristo salva los tres obstáculos que se oponen a ese amor: el pecado, la muerte y la Ley mosaica: B (5, 12-7, 25). Entonces puede concluir con un acento triunfal en la eficacia del amor divino, manifestado por el don y la acción del Espíritu Santo: A’ (8, 1-38). Igual alternancia se observa en la sección siguiente (9-11) en donde trata de la incredulidad de Israel. A: Israel, en su conjunto, no ha creído en Cristo, su negativa pone de manifiesto la soberana libertad de Dios en cuanto a sus dones (9, 6-29). B: esta negativa se explica por la actitud de Israel, que ha rechazado la predicación salvadora, desconociendo su carácter gratuito y universal (9, 30-10, 21). A’: No obstante, Dios ha desechado a su pueblo sólo parcial y provisionalmente. Un día Israel se adherirá al Evangelio: (11, 1-36).

Idéntico procedimiento utiliza en las dos Cartas a los Corintios, y no se hace notar menos eso mismo en las Cartas de la cautividad. Al principio de la Carta a los Colosenses (1, 15-23), San Pablo expone la trascendencia y la primacía de Cristo: A. Declara en seguida que la revelación de este Misterio le ha sido confiada (1, 24-29): B- concluye indicando a sus corresponsales en qué consiste la participación de los fieles en el Misterio, en la plenitud de la inteligencia y en la unión, fruto de la caridad (2, 1-3): A’. Toda la primera parte de la Carta a los Efesios está hecha con ritmo análogo. Así, en 1, 20-23, indica que Cristo resucitado es el jefe supremo y cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo: A. Demuestra en seguida, en términos magníficos (2, 1-10) que la incorporación de los creyentes a Cristo se ha realizado por la Redención, obra gratuita debida a la plena iniciativa de amor por parte del Padre: B. Entonces puede afirmar en 2, 11-22 que por efecto de

la Redención, en la que no aparece ninguna acepción de personas, los paganos quedaron reconciliados con Israel y que ya todos forman una sola cosa, el hombre nuevo en Jesucristo: A: verdad capital que se halla en el centro del evangelio paulino.

Esta enseñanza era la gran novedad aportada al mundo por el Salvador, muerto, "no sólo por la nación, mas también para reunir en uno de los hijos de Dios dispersos" (*Jn.*, 11, 52). Pablo es por excelencia su heraldo, a la vez humilde y entusiasta (*Ef.*, 3, 1-12). No debemos extrañarnos que unas verdades a primera vista tan desconcertantes (que los judeocristianos admitieron con mucha dificultad) revistan a veces bajo su pluma la forma paradójica antes indicada.

Estas expresiones son de fácil comprensión por poco familiarizado que se esté con la manera de expresarse el Apóstol, y producen en sus lectores un efecto casi irresistible de su enseñanza oral. Fácilmente se le perdonan sus arrebatos y brusquedades debidas a su temperamento fogoso, rebosante de amor por Cristo y por los hombres. De igual modo se le excusan ciertas sutilidades que interesaban la enseñanza rabínica, como la alegoría de Sara y Agar (*Gál.*, 4, 21-31) o bien la inesperada observación que la descendencia prometida a Abraham sólo podía ser, en definitiva, Cristo, siendo la palabra descendencia un término singular y no plural (*Gál.*, 3, 16). Fácil es comprender que entonces se trata de argumentos secundarios, dichos de pasada, y a los que Pablo no atribuye el mismo valor que a los razonamientos fundamentales por los cuales demuestra que la Ley de Moisés ha caducado y que obtenemos la redención por la sangre de Cristo.

CAPITULO III

Algunos temas doctrinales

Alcance doctrinal de la visión de Damasco

Vamos a examinar tan sólo algunos aspectos de la enseñanza paulina para los cuales es necesaria una previa iniciación. (Cf. *La bibliografía al final del volumen.*)

La inesperada aparición de Cristo en el camino de Damasco, hizo de Pablo otro hombre, sellándole para siempre. La manifestación del Señor derribó al suelo a Saulo el perseguidor, y se levantó un Pablo que se mostró cristiano y apóstol a la vez, iluminado hasta lo más profundo de su alma, a pesar de la momentánea ceguera provocada por el irresistible fulgor del Resucitado. Fiel a la voz celestial (*Act.*, 26, 19), no tarda en recibir el bautismo de manos de Ananías y en predicar a sus antiguos correligionarios, estupefactos, que Jesús es el Hijo de Dios (*Act.*, 9, 17-22). La visión de Jesús de Nazaret resucitado y glorioso le convenció de la autenticidad de su misión, de la eficacia de su sacrificio y de su divinidad. Iluminado poco a poco por el Espíritu Santo, instruido por los otros apóstoles y por sus propias experiencias misioneras, intuyó las consecuencias de esa verdad esencial. Entre las que mayor relieve alcanzan en las Cartas se puede señalar el lugar esencial del dogma de la resurrección, la abolición de la Ley mosaica y la justificación por la fe en Jesucristo, y finalmente la íntima unión de todos los creyentes con Jesucristo y entre sí, puesto que persiguiendo a los cristianos había perseguido al mismo Jesús.

Pablo predicó asiduamente la Pasión, hasta el punto de poder decir que ostentaba ante sus oyentes la imagen

de Jesucristo crucificado, por expresarse así, como en un cartel (*Gál.*, 3, 1). Pero nunca separaba la resurrección del sacrificio redentor. Probablemente no había conocido a Cristo durante su vida mortal (*2 Cor.*, 5, 16), pero le vio resucitado; esta aparición le constituyó auténticamente en apóstol (*1 Cor.*, 9, 1; 15, 8) y siempre guardó en su corazón el inefable recuerdo de la manifestación del *Señor de la Gloria* (*1 Cor.*, 2, 8). Se refería sin cesar a la resurrección como al acontecimiento decisivo sin el cual la fe cristiana sería vana y carecería de objeto (*Cor.*, 15, 14, 17). Se muestra extasiado de admiración cuando piensa en el soberano poder desplegado por el Padre celestial resucitando y glorificando a su Hijo (*Ef.*, 1, 20-22); ve en la resurrección de Cristo el ejemplar y la causa de la resurrección espiritual del cristiano mediante los méritos de Cristo, y la prenda segura de la resurrección corporal de todos los muertos que coronará el último día la obra redentora (*Rom.*, 6, 4-11; *Flp.*, 3, 10-11; *1 Cor.*, 15, 20-22). Al escribir a los fieles de Roma puede resumir su doctrina en esta breve fórmula:

“Si confesares con tu boca al Señor Jesús y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo” (*Rom.*, 10, 9).

La justificación por la fe

Sabido es que las Cartas a los Gálatas y a los Romanos están llenas de la doctrina de la *Justificación por la fe en Jesucristo con exclusión de las obras de la Ley mosaica*. Esto debe entenderse bien para evitar todo equívoco.

San Pablo no habla jamás de la fe como de un paso puramente intelectual en la adhesión del espíritu al men-

saje evangélico. Concibe la fe cristiana a imagen de la suya que fue a un mismo tiempo confesión de la divinidad de Cristo y una entrega total e irrevocable de su persona a Quien reconocía por el Hijo de Dios, el Señor, igual a Yavé (*Flp.*, 2, 11) “¿Qué he de hacer, Señor?” (*Act.*, 22,10). En esta respuesta a Jesús resucitado está representado Pablo de cuerpo entero. Para él es inconcebible una ley teórica, sin influencia en la vida. La fe que justifica es “la actuada por la caridad” (*Gál.*, 5, 6), la fe acompañada por las “buenas obras, que Dios de antemano preparó, para que en ellas anduviésemos” (*Ef.*, 2, 9). Además de la confianza en la palabra de Cristo, la fe lleva consigo el arrepentimiento de las faltas pasadas y el propósito de conformar la propia vida a los mandamientos de Dios. El Apóstol no cesa de insistir sobre la huida del pecado, hacer morir al “hombre viejo” que debe dar paso al “hombre nuevo” (*Rom.*, 6, 6; *Ef.*, 2, 22-24), sobre la práctica continuada de las virtudes coronadas y unidas por la caridad (1 *Cor.*, 13; *Col.*, 3, 14). La trayectoria decisiva de la fe con todo lo que lleva consigo, desemboca en la petición del bautismo y en una transformación radical que hace del cristiano una “nueva criatura” (*Gál.*, 6, 15). La energía de esta expresión hace comprender claramente que la afirmación de la justificación por la fe en Cristo (*Gál.*, 2, 16); *Rom.*, 1, 17) es una expresión abreviada que indica por uno de sus elementos esenciales todo lo que exige la conversión al cristianismo. Es muy importante que el lector de las Cartas tenga presente esto, bajo pena de desconocer gravemente el verdadero pensamiento del Apóstol.

La afirmación de la justificación por la fe en Cristo supone como contraste que “las obras de la Ley” (*Gál.*, 2, 16) son impotentes para obtener la justificación. Si el cumplimiento de los preceptos de la Ley mosaica pu-

diera justificar, habría que deducir que Jesucristo murió en vano (*Gál.*, 2, 21) y que el sacrificio del Calvario fue completamente inútil, lo que sería un evidente absurdo. Cristo cerró en la cruz la Ley antigua (*Col.*, 2, 14); ya está abolida y no hay que imponerla a los convertidos. Sabido es que esta cuestión dividió a la Iglesia primitiva. Los cristianos de origen judío, profunda y religiosamente apegados a la Ley, tuvieron que esforzarse mucho para admitir que estaba derogada y ya no obligaba. El mismo Pedro tuvo que ser esclarecido al respecto por una visión (*Act.*, 10) antes de admitir al bautismo al Centurión Cornelio y su familia. Tuvo que emplearse a fondo con los cristianos de Jerusalén, que no acertaban a desprenderse de sus prejuicios acerca de este punto, y al fin los convenció de que tal era la voluntad de Dios (*Act.*, 11, 1-18). Sus emisarios le crearon graves dificultades más tardes en Antioquía, y sus momentáneas condescendencias indujo a Pablo a oponérsele, reivindicando los derechos de la libertad cristiana (*Gál.*, 2, 4) frente a la Ley judía (1). Refiere el incidente con emoción contagiosa en la Carta a los Gálatas (2, 11-21). Los de origen pagano no se habrían adherido al Evangelio si para ello se les hubiese obligado previamente a hacerse de religión hebrea pasando antes por la circuncisión y demás observancias mosaicas. El asunto se llevó poco después a la célebre reunión de Jerusalén, que congregó a los presbíteros en torno de los apóstoles. Los testimonios de Pablo, de Bernabé y de Pedro inclinaron a la Iglesia a una decisión liberadora, acordándose que a los convertidos del paganismo no se les impusieran ninguna otra carga fuera de algunas observancias alimen-

(1) El desacuerdo de los dos apóstoles no versaba sobre la doctrina, sino tan sólo en la actitud práctica en cuanto a los convertidos del paganismo.

ticias destinadas a hacer posibles las relaciones en la mesa y la celebración común de la Eucaristía (*Act.*, 15, 1-32).

Después del incidente de Antioquía, envió a las iglesias de Galacia una demostración en regla, pero algo concisa acerca de la impotencia de la Ley para justificar (*Gál.*, 3, 1-5, 2). Luego volvería sobre el asunto en la Carta a los Romanos con mayor amplitud y serenidad (*Rom.*, 1-8). Esa demostración debe ser bien comprendida. El Apóstol señala con mucha justeza y habilidad, que Abraham, el gran antepasado de Israel, había sido justificado por su fe en la promesa de una posteridad innumerable y no por la Ley mosaica, varios siglos posterior (*Gál.*, 3, 6-9; 16-18), como tampoco por la circuncisión, que no fue para él la condición de justificación, sino el sello del estado de justicia y de santidad que le había procurado su fe (*Rom.*, 4, 1-12). El cristiano, a su vez, está justificado por la fe en Jesucristo, que tiene fundamentalmente el mismo objeto que la fe de Abraham, a saber, las promesas divinas, no venideras, sino sobreabundantemente cumplidas ya en Jesucristo (*Rom.*, 4, 16-25). Así, pues, Dios siempre justifica por la fe, tanto antes de la promulgación de la Ley mosaica como después de su abolición. Desde Moisés a Jesucristo, cuando estaba la ley en vigor, sólo concurría a la justificación de las santas almas del Antiguo Testamento porque a ella se añadía la fe en las promesas, como en el caso de Abraham. Las obras legales no pueden justificar jamás por sí mismas. De otra forma, quedaría comprometido el carácter gratuito y trascendental del orden sobrenatural, en el que justamente insiste el Apóstol. El hombre no queda justificado por sus obras; la misma fe es un don de Dios. De ningún modo puede gloriarse el hombre como si fuese el autor de su sal-

vación (*Gál.*, 5, 5-6; *1 Cor.*, 1, 28-31; *Rom.*, 3, 27-28; *Ef.*, 2, 8-10).

La argumentación de San Pablo, algo maciza y simplificada, se dirigía al mismo tiempo a los convertidos que estimaban vigente la Ley y a los judíos, muy numerosos, cuyo orgullo pretendía practicar la Ley y las tradiciones que el rabinismo había añadido a ella por sus solas fuerzas, sin recurrir a los auxilios divinos, lo que desembocaba en un callejón sin salida y en una actitud farisaica y "pelagiana antes de tiempo". La Ley no justificaba sin la fe, la única que podía conseguir los divinos auxilios necesarios para cumplirla. (*Cfr. nuestro "Comentaire de l'épître aux Galates, Beauchesne, 1946, páginas 59-70; 163-173.*)

Cuando el Apóstol habla de la Ley se refiere las más de las veces a la Ley Mosaica. Pero también toma el término en sentido más general, como cuando señala la ley natural grabada en el corazón de todo hombre (*Rom.*, 2, 12-16) o cuando advierte que toda ley positiva corre el riesgo, por los preceptos que formula, de excitar la atracción del fruto prohibido en el hombre inclinado al pecado (*Rom.*, 7, 7-23). Así, pues, se habrá de considerar el texto con la mayor atención.

La Parusía

La cuestión de las observancias mosaicas fue una de las cruces de San Pablo. Pero ella le condujo a poner en claro, además de la universalidad de la llamada a la fe por encima de las barreras de raza (*Ef.*, 2, 11-22, etcétera), la unidad del plan divino y la continuidad de ambos Testamentos.

Otra causa de dificultades para el Apóstol fue el problema del *retorno de Cristo*, o *parusía*, cuestión delicada y envuelta en obscuridades, pero que merece

nuestro reconocimiento por haberlas hecho desaparecer parcialmente, descorriendo el velo que nos oculta la consumación de las cosas. El término *parusía* significa presencia y se empleaba con frecuencia para designar la visita de los grandes personajes. En el Nuevo Testamento, y sobre todo en San Pablo, designa también la venida gloriosa de Cristo al final de los tiempos (1 *Tes.*, 2, 19; 3, 13, etc.; 2 *Tes.*, 2, 1, 8, 9; 1 *Cor.*, 15, 23). La primitiva cristiandad vivía con ardiente deseo de ese acontecimiento; San Pablo participaba de él y lo mismo debía ocurrirle a todo cristiano, porque la *parusía* señalaría el acabamiento de la redención y el total y definitivo establecimiento del reino de Dios, que pedimos todos los días en el Padre Nuestro, sin prestar, quizás, la merecida atención (1 *Cor.*, 15, 23-28). Una mala inteligencia de esta esperanza provocó, especialmente en Tesalónica, la convicción de un retorno próximo del Salvador, hasta el extremo de que ciertos fieles se cruzaban de brazos y vivían con una obsesión poco edificante que el Apóstol les reprendió con mucho vigor (1 *Tes.*, 4, 11-12, sobre todo el 2 *Tes.*, 3, 6-15). Verdad es que, por el modo de hablar, parece ser que él mismo se contaba entre los que aun estarían vivos al advenimiento de la *parusía* (1 *Tes.*, 4, 15-17; 1 *Cor.*, 15, 51-52). Pero ya hemos hecho observar que se trata de una figura de lenguaje (2). En las mismas cartas entrevé también la posibilidad de morir con anterioridad y resucitar cuando venga de nuevo Cristo (1 *Tes.*, 5, 5-10; 1 *Cor.*, 6, 14). Lo mismo hay que decir cada vez que toca este tema (3). Habrá, pues que deducir que ignoraba

(2) Cf. pág. 22.

(3) Compárense: 2 *Cor.*, 5, 1-4 y 6-10; *Rom.*, 13, 11-12 y 14, 7-8; *Flp.*, 3, 20; 4, 5 y 1, 21-23; 3, 11; 2 *Tim.*, 4, 1 y 4, 6-8. El procedimiento es constante.

la fecha del gran acontecimiento, eco fiel en eso del mismo Salvador que dejó la época de su retorno en un misterio impenetrable, hasta decir que no la sabía, como para indicar que no tenía la misión de revelarla (*Mt.*, 23, 36 y pasajes paralelos). En estas condiciones, las dos hipótesis de una época próxima y una tardía, tenían la misma probabilidad y por esto se sitúa el Apóstol sucesivamente en una y otra. Indudablemente, esperaba la *parusía* para un porvenir muy lejano, pero esperar y desear no es afirmar; no se le puede tachar de error, lo mismo que no nos tachamos nosotros cuando, viendo la lentitud con que se propaga el evangelio en todo el mundo, nos inclinamos a pensar que todavía nos separan de la *parusía* una larga serie de siglos. Pero en realidad nada sabemos ni podemos afirmar concretamente al respecto. San Pablo enseña, por lo demás, que la conversión de los paganos y la de los judíos precederá a la *parusía* (*Rom.*, 9-11), lo que sugiere una prolongada dilación. También insiste en las luchas formidables y en las apostasías que precederán al retorno de Cristo (2 *Tes.*, 2, 1-12), pero en términos oscuros y comunes a todos los pasajes del Nuevo Testamento. No obstante enseña claramente dos puntos que deben tenerse en cuenta. El primero es que la muerte introduce en la sociedad de Cristo a los que han llevado una vida conforme al Evangelio, de lo que se deduce un juicio particular que ha de preceder al juicio universal (2 *Cor.*, 5, 6-10; *Flp.*, 1, 20-26). El segundo es que la última generación humana, que será testigo de la *parusía*, tendrá el privilegio de no pasar por la muerte (1 *Tes.*, 4, 15-18; 1 *Cor.*, 15, 51-53); los cuerpos quedarán transformados en un abrir y cerrar de ojos haciéndose semejantes a los de los difuntos ya resucitados.

Fácil es comprender que esta perspectiva suscitara deseos inmoderados; la muerte repugna a todos y el mismo Pablo habría deseado eximirse de ella, sin tener, lo repetimos, ninguna certidumbre a tal respecto (2 *Cor.*, 5, 2-4). Su deseo fue vano, y al final de su vida entreveía su próximo martirio con una animosa serenidad que iluminaba el pensamiento de una recompensa inmortal (2 *Tim.*, 4, 6-8). Queda, sin embargo, que ya entonces situaba la Manifestación del Señor en el término del horizonte, manifestación que prepara y en cierto modo anticipa la glorificación de sus servidores. Hay continuidad y compenetración entre la fase terrestre y la coronación celestial del misterio redentor, de igual modo que la vida justificada del cristiano es de la misma naturaleza que la eterna, aunque con las diferencias que distinguen la vida de la gracia, con sus obscuridades, de la visión de Dios cara a cara en la gloria (1 *Cor.*, 13, 12); pero el don del Espíritu Santo, arras de la heredad celestial (2 *Cor.*, 1, 22; 5, 5; *Ef.*, 1, 14) constituye una posesión real, aunque inicial e incompleta, de lo que se nos dará en la eternidad (4).

Continuidad de ambos Testamentos Uso de la Escritura en San Pablo

San Pablo es el teólogo de la continuidad del plan divino y de la redención, que aparece, por una parte,

(4) Todo esto exigiría un largo desarrollo. Para más amplia información puede verse, AMIOT, *Idées maîtresses de saint Paul* (Trad. española, Salamanca), 229-252 y sobre todo el *Suplemento al Dicc. de la Biblia* (Letouzey) en la palabra Parusía, col. 1361-1384 y 1411-1415 (FEUILLET). Se deduce con evidencia que al no haber afirmado nada, San Pablo no se equivocó en cuanto a la época de la parusía.

en la unidad y continuidad de los dos Testamentos, y, por otra, en la identidad fundamental entre el estado del cristiano justificado aquí abajo y el estado glorioso que se le tiene prometido.

El carácter profético del Antiguo Testamento y su cumplimiento en el Nuevo (*Rom.*, 1, 2; 3, 21) es uno de los puntos en que el Apóstol estuvo más profundamente iluminado por el Espíritu Santo. Cristo es para él el sí por excelencia; todas las promesas hechas por Dios a Israel tuvieron en él su realización (2 *Cor.*, 1, 19-20). Menciona el Antiguo Testamento más de doscientas veces, y un breve repaso de una traducción anotada de las cartas permite darse cuenta de que, fuera de las citas explícitas, son continuas las reminiscencias de acuerdo con la costumbre de los rabinos de recurrir a los textos bíblicos para corroborar sus aseveraciones. Las citas son en su mayoría según la versión griega de los Setenta, en la que la antigüedad cristiana leyó el Antiguo Testamento, puesto que la mayoría de los convertidos desconocía el hebreo (5). Sucede a veces que sean aproximativas y hechas de memoria, y también que sean simples ilustraciones del pensamiento por una referencia a las Sagradas Escrituras. De este modo, la rápida difusión del Evangelio se subraya en la Carta a los Romanos, 10, 18, por un versículo del salmo 18, donde se hace referencia al silencioso lenguaje de los astros percibido por todos. En tal acomodación no habrá que ver un argumento escriturístico, puesto que se trata únicamente de un simple procedimiento literario, agradable, por lo demás, y corriente entre los sabios judíos. Pero Pablo afirma también verdaderas profecías, como

(5) Así ocurre en cuanto al texto del *Deuteronomio*, 30, 11-14, citado en *Rom.*, 10, 6-9.

por ejemplo, cuando dice que Cristo murió por nuestros pecados y que resucitó conforme a las Escrituras (1 *Cor.*, 15, 3-4), citando con frecuencia la Biblia en sentido literal, como a Oseas, 2, 24; 1, 10, en *Rom.*, 9, 25-26. Este caso y sus análogos no ofrecen ninguna dificultad.

Otras veces, el Apóstol da al texto que cita una plenitud de sentido que el autor sagrado no había captado seguramente, pero que había sido querido por Dios, reconociéndolo Pablo a la luz de la revelación evangélica. La justificación por la fe, significaba directamente en *Hab.*, 2, 4, que la fe en las divinas promesas sería recompensada con el fin de la cautividad de Babilonia. El Apóstol ve en esa liberación temporal el anuncio de la verdadera liberación, la salvación mesiánica, que había de ser liberación del pecado y fuente de la verdadera vida. El oráculo del profeta: "El justo vivirá por la fe" queda profundizado en una línea que no lo deforma, porque ambas expresiones muestran una confianza absoluta en la palabra de Dios (*Gál.*, 3, 11; *Rom.*, 1, 17), revelación todavía fragmentaria en tiempos del profeta y completada por Cristo (*Heb.*, 1, 2). San Pablo corrobora el argumento con el salmo 142, 2, donde se dice que nadie es justo ante Dios (*Gál.*, 2, 16). En el caso de los judíos, que esperan su justificación por la Ley, aplica sin restricciones la afirmación del salmo y se cree con derecho a afirmar que nadie queda justificado por las obras de la Ley, lo que establece por otros motivos en los versículos que siguen (2, 17-21).

Esta manera de argumentar está conexas a una doctrina más general, cual es que los acontecimientos del Antiguo Testamento son el tipo y la figura profética de los del Nuevo Testamento. El Salvador se aplicó a sí mismo los episodios de la serpiente levantada por Moisés en el desierto (*Jn.*, 3, 14), el del maná (*Jn.*, 6,

32, 33, 58), el del agua viva (*Jn.*, 7, 37-38), el del buen pastor (*Jn.*, 10, 11 ss.), del salmo 22 (*Mt.*, 27, 46); es "el verdadero esposo y la verdadera vid" (*Mc.*, 2, 19-20; *Mt.*, 22, 1-14; *Mc.*, 12, 1-9 y paralelos; *Jn.*, 15, 1-8), "la piedra angular" (*Mc.*, 12, 10-11 y paralelos, etcétera). A propósito del cumplimiento de las profecías, tanto los evangelistas como San Pedro (1 *Pe.*, 2, 22-25, etcétera) y el Apocalipsis, sobrentienden muchas veces la misma doctrina. San Pablo le da un desarrollo más amplio: pone como principio que la Ley es la sombra de las cosas que estaban por venir (*Col.*, 2, 17) y hace de él numerosas aplicaciones: Adán es la figura de Cristo (*Rom.*, 5, 12-1); la justificación de Abraham por la fe prefigura la de los cristianos (*Rom.*, 4, 17, 23); Cristo es el verdadero cordero pascual (1 *Cor.*, 5, 7); la antigua Alianza anuncia la nueva concluida con la sangre de Cristo (1 *Cor.*, 11, 25); el maná del desierto y el agua brotada de la roca simbolizaban los sacramentos cristianos (1 *Cor.*, 10, 1-6) y el castigo de los israelitas, privados de entrar en la Tierra de Promisión a causa de su indocilidad, ha de recordar a los cristianos la cólera divina si siguen por el mismo camino (1 *Cor.*, 10, 6-11); la unión del hombre y de la mujer se ha de modelar por la de Cristo y su Iglesia (*Ef.*, 5, 22-33); el antiguo Israel, descendencia carnal de Abraham, prefigura al nuevo Israel, según el espíritu (*Gál.*, 3, 7-9, 26), verdadero Israel de Dios (*Gál.*, 6, 16), que no está limitado a un solo pueblo, sino que abarca toda la humanidad (*Gál.*, 3, 26-28; *Col.*, 3, 11). De esta forma San Pablo proyecta un haz luminoso sobre el profundo sentido del Antiguo Testamento y sobre la unidad del plan divino en las Escrituras. El velo que se extendía sobre los ojos y el corazón de Israel con la lectura del Antiguo Testamento cae definitivamente

cuando uno se convierte al Señor (2 Cor., 3, 13-163; el Apóstol es una prueba convincente. Este razonamiento es sólo válido para quien reconoce el carácter inspirado y profético de la Sagrada Escritura, pero aporta una manifiesta confirmación a las demás pruebas de la fe. Excepcionalmente la emplea San Pablo en la alegoría de Sara y Agar (*Gál.*, 4, 21-31) con una sutilidad y exceso de alegorismo que recuerda los métodos rabínicos, pero cabe preguntarse entonces si entiende aportar una verdadera demostración de la recusación de los israelitas infieles a Cristo o si recurre a cierta acomodación oratoria.

De las diversas observaciones hay que deducir que existe toda una gama en la utilización de la Sagrada Escritura por el Apóstol; se debe sopesar cada cita con cuidado y dentro de su contexto para no agrandar ni disminuir su enseñanza. Queda por decir que la atmósfera bíblica en que se desenvuelven las cartas y de la que San Pablo estaba impregnado desde su tierna edad, contribuyó a darle profundidad religiosa, un sentido del poder de Dios, de su misericordia, de su designio redentor, así como de sus exigencias morales y de su amor, que constituían el patrimonio espiritual de Israel y conferirían al pueblo elegido una imperecedera grandeza, a pesar de las deformaciones que la casuística farisaica había infligido al mensaje de Moisés y de los Profetas (6).

(6) Cf. S.B.D. *Citations de l'A. T. dans le Nouveau* (VENARD); BONSRIVEN, *Exégèse rabbinique et exégèse paulienne*; Beauchermé, 1939.

Continuidad de la Vida de la gracia y de la Vida eterna

La continuidad entre los dos Testamentos tiene por complemento y terminación la continuidad entre la vida de la gracia aquí abajo y la vida eterna.

El don real del Espíritu Santo hace del cristiano el hijo del Padre celestial y el hermano y coheredero del Hijo (*Gál.*, 4, 6-7; *Rom.*, 8, 16-17, 29). El creyente queda transformado hasta lo más íntimo de su ser y establecido en un nuevo estado, que puede perder, sin duda, por el pecado, pero que sólo difiere de la vida eterna en cuanto al grado, mas no en cuanto a su naturaleza. Las cartas vuelven de diversos modos sobre este aspecto del misterio redentor. El cristiano está a la vez en el tiempo y en la eternidad: la obscura parusía, presencia velada de Cristo en los corazones (*Ef.*, 3, 17) es el principio de su parusía final en la gloria; nuestra vida, oculta ahora en Dios con Cristo, se expansionará con él en la gloria con motivo de su solemne retorno (*Col.*, 3, 3-4), siendo el misterio eucarístico el lazo de unión por excelencia entre ambos acontecimientos (1 *Cor.*, 11, 26). Las arras y las primicias del Espíritu que ahora poseemos (2 *Cor.*, 1, 22; 5, 5; *Ef.*, 1, 14; *Rom.*, 8, 23) anuncian y garantizan el don total. Vivimos de la vida de Cristo (*Gál.*, 2, 20); ha empezado el reino de Dios, esperando mientras tanto a que sea completo y definitivo (1 *Cor.*, 15, 24-28); Dios nos llama a su Reino y a su gloria (1 *Tes.*, 2, 12) y en él nos ha introducido desde ahora, arrancándonos del poder de las tinieblas (*Col.*, 1, 13). En la esperanza hemos sido salvados (*Rom.*, 8, 24), pero nuestra salvación está parcialmente adquirida nos hallamos en el camino (*Act.*, 16, 17) y en los días de la salud (2 *Cor.*, 6, 2). Ha

empezado para nosotros la gran liberación del pecado y de la muerte; a nosotros nos corresponde permanecer fieles; “no nos destina Dios a la ira, sino a la salvación por nuestro Señor Jesucristo” (1 Tes., 5, 9). De gracia hemos sido salvados por la fe (Ef., 2, 8); se compenetran el tiempo y la eternidad, somos ciudadanos del cielo (Flp., 3, 30). El Apóstol vuelve en todos sentidos a este pensamiento, que subraya el carácter indefectible de la esperanza cristiana, que se basa en Dios: la esperanza no quedará confundida (Rom., 5, 5); sólo son posibles una falta de cumplimiento y un fracaso por efecto de la infidelidad del hombre. La constante conexión de las perspectivas temporal y eterna que se entremezclan constantemente puede parecer a primera vista oscura, siendo en realidad una riqueza, así como la expresión de un pensamiento profundo y de una vista magnífica sobre el plan de la redención.

Vista de conjunto sobre el Plan redentor

Este plan no ha de correr el riesgo de quedar en la sombra por una aplicación demasiado exclusiva de los lectores a los puntos difíciles de la enseñanza paulina, en los que hemos procurado trazar algunas avenidas. La doctrina de la redención y de la salvación aflora por todas partes en las cartas. Es fácil captar sus grandes articulaciones, sobre todo en la Carta a los Romanos. Además son más difusas: San Pablo está mucho menos preocupado de dar una enseñanza sistemática que de cumplir sus deberes de apóstol y proveer a las necesidades de las comunidades cristianas (7), en las que se plantean delicados casos de conciencia y han de sufrir ya la acción de doctores del error cuyas extrañas especu-

laciones se acentuarían en los siglos siguientes perturbando gravemente a la Iglesia universal. Las nacientes herejías tuvieron, sin embargo, un efecto beneficioso, pues hicieron que los Apóstoles fuesen más explícitos en cuanto a la doctrina, formulándola de manera más precisa y completa.

Bajo el beneficio de estas observaciones puede presentarse así brevemente el *Evangelio de San Pablo* (Gál., 1, 11; Rom., 2, 16), el misterio de la redención universal, que asocia a los que creen en Cristo a su muerte y resurrección.

El desbordamiento general del pecado aflige profundamente al Apóstol. Le había indignado el espectáculo de Atenas, repleta de ídolos (Act., 17, 16); en la Carta a los Romanos (1, 18-3, 20) describe un cuadro sobrecogedor acerca de la corrupción del mundo pagano y de la infidelidad de Israel, que presentaba al orgulloso judío en una situación tan enojosa como la del pagano pecador. El reino del pecado y de la muerte se remonta a la desobediencia de Adán, que hizo perder a la humanidad la amistad divina y desencadenó la concupiscencia y las malas pasiones, después de lo cual se mostraron los hombres rebeldes a Dios. El mundo pagano no había sabido reconocer al Creador en sus obras; Israel, aunque favorecido por las divinas revelaciones, unido a Dios por la alianza del Sinaí, guiado y esclarecido por la Ley, se había mostrado con demasiada frecuencia indócil y había violado los divinos preceptos.

En su misericordia, Dios había prometido por medio de los profetas un Mesías descendiente de Abraham, que repararía los destrozos causados por el pecado y llevaría a cabo una nueva Alianza, y no ya con un solo pueblo, sino con toda la humanidad. Al cumplirse los tiempos, Dios envió a su único Hijo, preexistente,

(7) Ver la pág. 22.

creador y eterno como Él. Nacido de una mujer y de la estirpe de David según la carne, el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana sujeta al sufrimiento y a la muerte. Llevado de su inmenso amor, se hizo obediente hasta la muerte en la cruz, convirtiéndose por la eterna voluntad del Padre en medio de expiación para los hombres. Su insondable obediencia reparó sobreabundantemente las desobediencias de Adán y de sus descendientes. Los pecadores quedan justificados por la fe en él; la feliz solidaridad con Jesucristo repara con mucho la nefasta solidaridad con Adán. Para manifestar la eficacia del sacrificio de Cristo Dios lo exaltó soberanamente por su resurrección y gloriosa ascensión. Estando a la derecha del Padre, Jesús debe ser adorado por todos como el soberano Señor igual a Yavé y como el redentor que reconcilia a los hombres con Dios. Ese es el mensaje que aportan a los hombres los Apóstoles, y el mismo Pablo, que vieron a Cristo resucitado y fueron los testigos de su glorificación y también sus garantes.

Así, pues, el hombre pecador está rescatado, y a gran precio, cual es el de la sangre de Cristo (1 *Cor.*, 6, 20; 7, 23). Pero aunque Dios nos ha rescatado sin nosotros, no nos salva sin exigimos nuestra libre contribución, lo cual es soberanamente digno de Dios y del hombre. La respuesta a la divina llamada es la fe, aceptación del mensaje cristiano por la inteligencia y al mismo tiempo total consagración del creyente al Salvador en su ser y en su vida. El acto de fe es de por sí un don de Dios, imposible de conseguir sin la gracia, pero que no se le niega al hombre de buena voluntad. Así se pone de manifiesto el carácter liberal y gratuito de la redención.

La adhesión a Cristo conduce al convertido a pedir el bautismo, por el que le viene un nuevo nacimiento,

el perdón del pecado y el don de la vida sobrenatural (*Rom.*, 6, 3-11), que le hace fenecer, le entierra y resucita espiritualmente con Cristo: muere al pecado y ya vive para Dios en Cristo. Para no perder su estado de justicia, el cristiano ha de luchar contra la concupiscencia y las malas tendencias que subsisten en él. Para poder salir victorioso en el duro combate cuenta con el superior armamento del don del Espíritu Santo que le fortalece a fin de que logre crucificar la carne y vivir practicando la caridad y las demás virtudes cristianas, mediante lo cual reproducirá en sí la imagen de Cristo, reflejando en su rostro la gloria del Señor y haciendo que dicha imagen sea cada vez más resplandeciente (2 *Cor.*, 3, 18). El Espíritu le ilumina, le inspira, le da todas las ayudas necesarias con el fin de comportarse como verdadero hijo del Padre celestial, hermano de Jesucristo, digno miembro de su cuerpo y templo del mismo Espíritu. La Eucaristía, que conmemora la inmolación efectuada en la cruz y prolonga la ofrenda del sacrificio redentor es el medio privilegiado para transmitir y acrecentar la vida divina. Esa vida la concede la Iglesia, depositaria infalible de la doctrina de Cristo y de los apóstoles, guardiana de la fidelidad a las exigencias de la vida cristiana por medio de la salvable disciplina que impone.

Como miembro del gran cuerpo de Cristo (*Col.*, 3, 24; *Ef.*, 1, 22-23), el cristiano nunca está aislado. Se halla sostenido por la oración, los ejemplos y los sacrificios de sus hermanos, y él mismo sabe que todos sus actos han de ayudar a la edificación del cuerpo de Cristo, al que también pueden perjudicar si no son correctos. Dentro del estado al que Dios le llama, el de la virginidad o el matrimonio, ha de tener presente que debe pensar en sus hermanos, a quienes está sobrenatural-

mente unido por un vínculo reforzado por la Eucaristía, sacramento de la unidad (1 *Cor.*, 10, 17). Trabajando por la salud de todos, al mismo tiempo que por la suya, marcha con denuedo y amor hacia la vida gloriosa que tiene prometida: “libres del pecado y siervos de Dios, tenéis por fruto la santificación y por fin, la vida eterna” (*Rom.*, 6, 22).

Todos los hombres están invitados a realizar ese ideal. Ya no hay judío, ni pagano, ni esclavo, ni hombre libre. Y si Israel, en su conjunto, conserva todavía una venda en los ojos, día vendrá en que reconocerá al Mesías anunciado por los profetas en Jesús de Nazaret. Su incredulidad hizo que los apóstoles dirigieran su celo a los paganos; pero las divinas promesas no pueden estar llamadas al fracaso y el pueblo elegido, amado por Dios, también habrá de encontrar su salvación.

A esa gran obra se entregaron los Apóstoles y se vienen entregando sus continuadores. Dan muestras de un ánimo sin decaimiento, de una esperanza que ninguna decepción logra hacer desaparecer y de una alegría inalterable en medio de las persecuciones y de las tribulaciones de toda índole. Un terrible drama se desarrolla, en efecto, desde la caída del primer hombre por instigación de la serpiente infernal. Cristo la venció en la cruz, triunfando del pecado y de la muerte. Pero los enemigos no han perdido toda su virulencia y la lucha continúa. Siempre están en acción el misterio de iniquidad y el hombre de pecado, que quiere ponerse en el lugar de Dios, y no cesan de asolar a la Iglesia dolorosas apostasías. Todos los cristianos son actores en ese drama, debiendo permanecer firmes hasta el fin. Los que permanezcan fieles estarán con Cristo para siempre cuando la muerte venga a poner término a sus trabajos. El combate seguirá hasta el día única-

mente conocido por Dios, en el que el Salvador bajará del cielo, matará al inicuo con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su venida (2 *Tes.*, 2, 1-12) y venciendo a la muerte, resucitará, por obra del Espíritu Santo a los ya dormidos; entonces pondrá el Reino en las manos de su Padre, es decir, el cuerpo místico que ya habrá adquirido su estatura perfecta, siendo Dios todo en todas las cosas (1 *Cor.*, 15, 24-28). También se realizarán entonces los oráculos proféticos: “La muerte ha sido sorbida por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? . . . Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo” (1 *Cor.*, 15, 54-57) (8).

La Carta a los Hebreos completa esta grandiosa visión. Muestra a Cristo superior a los ángeles y a Moisés, constituido por la Encarnación en mediador entre Dios y los hombres, asociado a ellos con la obediencia, el sufrimiento y la muerte (2, 14-18; 5, 8), pero exento de pecado, no teniendo necesidad de sacrificio para él mismo (4, 15-16; 7, 26-27). Dios le estableció con juramento sacerdote único y eterno (5, 5-6; 7, 20-25), investido con un sacerdocio más perfecto que el de la antigua Ley, figurado por el de Milquisedec, superior a Abraham y al sacerdocio levítico salido de él (7, 1-28). Como único y soberano sacerdote, Cristo ofreció por nosotros su propia sangre y no la de las víctimas impotentes privadas de razón. Sólo ofreció una vez ese sacrificio, cuya infinita eficacia obtiene a los hombres el perdón de sus pecados y la heredad eterna (9, 11-29; 10, 10). Desde la gloria en que entró, continúa presentando a su Padre su sacrificio, no cesando de interceder en nuestro favor y haciendo descender así sobre

(8) Cf. BRUNOT, 218-222.

nosotros los méritos de su Pasión (6, 20; 7, 24). Esta intercesión del Sacerdote supremo durará tanto como la Iglesia, hasta aparecer por segunda vez sin pecado a los que le esperan para recibir la salud (7, 25; 9, 24, 28). Ella misma hace inquebrantable la esperanza que se nos ha ofrecido. El autor de la carta la compara magníficamente a una firme y sólida ancla del alma echada, por así decirlo, en pleno cielo (6, 19-20).

Los gritos de triunfo con que terminan los pasajes relativos a los últimos tiempos, muestran un optimismo fundamental en San Pablo, apoyado en la base inquebrantable del poder y del amor divinos que se manifiestan en el misterio redentor. Pero este optimismo no es ilusorio, ni le hace desconocer la aspereza y las exigencias de la lucha que se impone a la Iglesia y a cada uno de sus miembros. El Apóstol nos da un ejemplo confortante de realismo clarividente y viril de salubridad espiritual y de equilibrio sobrenatural. Debemos tomar modelo en él para no vernos sorprendidos ni abatidos por los obstáculos y permanecer vigilantes, aplicados a nuestro deber cotidiano, al mismo tiempo que mostrarnos audaces en el servicio de Cristo y radiantes de esperanza para comprender la paciencia de Dios y los plazos necesarios en la conversión del mundo, sin ilusiones desmedidas ni desalientos injustificados. Pablo es uno de los mayores místicos, elevado en circunstancia memorable hasta el tercer cielo (2 Cor., 12, 2-4) y al mismo tiempo un hombre superior, familiarizado con las altas especulaciones y los profundos pensamientos, dotado a la vez de un buen sentido de prudencia y de firmeza, y de un talento de organización y de adaptación excepcionales. Conoce las miserias del hombre pecador y la grandeza del hombre rescatado;

se entrega⁽⁹⁾ a su tarea apostólica con un amor, que le consume, hacia Cristo y sus hermanos; es un innovador clarividente que, sin inútiles y caducadas exigencias, abre a los paganos de par en par las puertas de la Iglesia, quedando al propio tiempo inquebrantablemente ligado a las enseñanzas de Cristo y a la tradición de los demás apóstoles, de los que juzga no puede apartarse sin correr en vano (*Gál.*, 1, 11-12; 2, 2; 1 *Tim.*, 6, 20; 2 *Tim.*, 1, 14; 3, 14).

Ante esta obra maestra de la naturaleza y de la gracia, fuertemente tenemos que sentirnos admirados. San Pablo es el doctor fundamental de la Iglesia, el privilegiado revelador del misterio redentor (*Ef.*, 3, 3-9), el teólogo de la esperanza y de la caridad.

El mejor medio para penetrar su pensamiento es leer y releer sus cartas. Al principio no se perciben todas las resonancias de su doctrina, y los textos juzgados al comienzo oscuros, se van aclarando mutuamente. No es raro que la yuxtaposición de dos pasajes haga ver conexiones antes no percibidas, saltando de pronto la luz; un versículo mal comprendido resplandece con brillo inolvidable que enriquece la meditación y profundiza al alma. Esta acción del Espíritu Santo, primer autor de la Sagrada Escritura, quedará favorecida por el cuidado que se ponga para estudiarla no sólo con la inteligencia, sino también con el corazón, dentro de un deseo sincero de prestar la debida atención a lo que se lee. Hay que dejarse llevar por la fuerza y la simpatía que se desprenden de los escritos del gran Apóstol. Son impresionantes su firmeza y sus exigencias, y sus iras, a veces, terribles, lo cual no es óbice para admirar a este hombre bondadoso y cariñoso aun en medio de

(9) Cf. BRUNOT, 83-99.

su severidad, puesto que sólo habla y actúa movido por una caridad intensa hacia Cristo y hacia los hombres, a los que quiere salvar llevándolos a Cristo. Se ganará mucho entrando respetuosamente en la intimidad de Pablo y conversando con él, leyéndolo, como con un muy querido amigo. Cuanto más lo conozcamos, tanto más nos pondrá en los brazos del divino Kyrios, del Señor Jesús, ante quien toda rodilla ha de doblarse, al que consagró toda su vida y por el cual murió.

CAPITULO IV

Orientaciones espirituales

La llamada divina y sus exigencias

Debemos leer la Sagrada Escritura dentro del espíritu en que fue compuesta, no concibiéndose que un cristiano estudie a San Pablo sin añadir al esfuerzo para asimilar su pensamiento una preocupación habitual de santificación y de apostolado. ¿Cómo pueden dejar insensibles, por lo demás, las invitaciones del Apóstol para una unión más estrecha con Cristo y un progreso espiritual ininterrumpido? Tenemos que leer las cartas con espíritu de oración, considerando dirigida a nosotros mismos la apóstrofe de Pablo a sus corresponsales, audaz, ciertamente, pero que junto a la firmeza apostólica presenta también una profunda humildad: “Sed imitadores míos como yo lo soy de Jesucristo” (1 *Cor.*, 11, 1).

Pablo tiene una conciencia muy viva de la llamada que Dios le dirigió por medio de Jesucristo, de igual modo que también había llamado a los antiguos profetas: “Pablo, apóstol no de hombres ni por hombres, sino por Jesucristo y por Dios Padre, que le resucitó de entre los muertos” (*Gál.*, 1, 1). Dios le segregó desde el seno de su madre, y le llamó por su gracia para revelar a su Hijo (*Gál.*, 1, 15). Repite eso mismo con complacencia y visible reconocimiento en el encabezamiento de la mayor parte de las cartas, gustándole titularse apóstol de Cristo por la divina voluntad.

Insiste mucho sobre la llamada a la fe de sus corresponsales. “Cristo ha llamado a los fieles a la gracia” (*Gál.*, 1, 6), y ello en virtud de una elección eterna, anterior a la creación del mundo, para ser santos inma-

culados ante Dios (*Ef.*, 1, 4). Se trata de una llamada llena de amor a la filiación adoptiva de Dios (*Ef.*, 1, 5) y en definitiva a su reino y a su gloria (1 *Tes.*, 2, 12). Siguiendo al Apóstol, el cristiano tiene que convencerse de que la llamada lleva consigo evidentemente una exigencia de santidad: "Así, pues, os exhorto yo... a andar de una manera digna de la vocación con que fuisteis llamados" (*Ef.*, 4, 1).

La llamada divina implica primeramente renunciar al pecado dentro de una verdadera conversión, así como un completo viraje del alma. Hay que renunciar a los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero (1 *Tes.*, 1, 9), crucificar la carne con sus pasiones y concupiscencias (*Gál.*, 5, 24), despojarse del hombre viejo, viciado por la corrupción del error, a fin de renovarse en espíritu y vestirse del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdaderas (*Ef.*, 4, 22-24), todo ello para ser verdaderamente una nueva criatura (*Gál.*, 6, 15). Eso no puede conseguirse sin dolorosos renunciamentos; el cristiano, como el apóstol, ha de estar crucificado con Cristo (*Gál.*, 2, 19). Con ruda y necesaria franqueza advierte Pablo a los pecadores obstinados que no tendrán parte en el Reino de Dios (1 *Cor.*, 6, 9-10). El mismo no sólo renunció al pecado, sino también a todo su orgullo de judío y fariseo, así como a todos los privilegios que creía tener como perteneciente al pueblo elegido. A todo renunció para ganarse a Cristo. Olvidándose de todo lo que había sido con anterioridad y tendiendo con todas sus energías hacia delante, corrió en recta dirección hacia la meta "hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús" (*Flp.*, 3, 13). E invita a los convertidos a imitar su ejemplo y derramar lágrimas por aquellos "que son enemigos de la cruz de Cristo" (*Flp.*, 3, 18) y no

quieren comprender que el escándalo y la locura de la cruz son la suprema sabiduría (*Gál.*, 5, 12; 1 *Cor.*, 1, 18; 2, 6) y la condición para la recompensa eterna.

La participación en la vida de Cristo muerto y resucitado

Pero la cruz, aunque endulzada por llevarse en unión con Cristo, es tan sólo el aspecto negativo de la vida cristiana. Dios nos ha llamado con inmenso amor (*Ef.*, 1, 5; 2, 4) a vivir en su amor participando de la vida divina. La unión con Jesús crucificado conduce a la unión con Jesús resucitado. Cristo vive en el cristiano transformado por la fe en Quien le amó y se entregó por él (*Gál.*, 2, 20). Estos dos aspectos se completan y compenetran entre sí. Se vive en Cristo en la medida que se está muerto al pecado; hay que morir, pero para revivir, y sólo se resucita con Cristo cuando se ha consentido crucificarse con él. El acento se pondrá sobre uno u otro aspecto según los temperamentos de las almas y las circunstancias. Pero sólo es cuestión de acentuación: en Cristo son inseparables la muerte y la vida. "Si padecemos con Él, también con Él viviremos" (2 *Tim.*, 2, 11). "Somos... herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con Él para ser con Él glorificados" (*Rom.*, 8, 17).

Esas riquezas doctrinales y espirituales están sobreentendidas en el estribillo que San Pablo repite hasta la saciedad: *En Cristo Jesús, con Cristo Jesús*. La fórmula se toma a veces en un sentido bastante general, conforme a los principios cristianos desde el punto de vista cristiano; pero las más de las veces debe entenderse en el sentido fuerte de la unión a Cristo y de comunión

con su vida. El cristiano se viste de Cristo (*Gál.*, 3, 27); vive con la fe en el Hijo de Dios; Cristo vive en él más que él en sí mismo (*Gál.*, 2, 20). San Pablo vuelve sobre este pensamiento y lo detalla invitando al cristiano predestinado a reproducir la imagen del Hijo de Dios (*Rom.*, 8, 29) y estar íntimamente unido a los diversos aspectos del misterio redentor:

“Estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo... y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús” (*Ef.*, 2, 5-6) (1).

Esta transformación se inicia con el bautismo:

“Con Cristo hemos sido sepultados mediante el bautismo para participar en su muerte, para que como Él resucitó de entre los muertos, por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Pues sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado para que fuera destruido el cuerpo del pecado y ya no sirvamos al pecado. Porque si hemos sido injertados en Él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección” (*Rom.*, 6, 4-5).

La muerte al pecado debiera ser un estado irrevocable, de igual manera que la muerte física es definitiva para el cuerpo. La recaída en el pecado grave, que entraña la pérdida de la vida divina, debiera ser inconcebible para quien comprenda lo que significa y es la gracia bautismal:

“Que no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, obedeciendo a sus concupiscencias; ni déis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, sino

(1) En este y otros pasajes San Pablo forma palabras compuestas añadiendo a los verbos la preposición *sun*, con: morir con, enterrados con, vivir con, resucitar con, sentarse en los cielos con, ser glorificado con Cristo. Son significativos estos neologismos.

ofrecéos más bien a Dios como quienes muertos, han vuelto a la vida... El pecado no tendrá ya dominio sobre vosotros, puesto que no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia” (*Rom.*, 6, 12-14).

De esta forma se da el tono a toda vida cristiana, que será la continuación de la transformación bautismal:

“Haced cuenta que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (*Rom.*, 6, 11).

El Apóstol desarrolla este programa espiritual en una luminosa perspectiva:

“Libres del pecado y siervos de Dios, tenéis por fruto la santificación y por fin la vida eterna. Pues la soldada del pecado es la muerte; pero el don de Dios es la vida eterna en nuestro Señor Jesucristo” (*Rom.*, 6, 22-23).

En una palabra, Cristo es nuestra vida (*Col.*, 3, 4). Debemos conformarnos a él, reproduciendo en nosotros sus “misterios”, como acostumbraba repetir la Escuela francesa del siglo xvii. Así se percibe fácilmente lo fecunda que puede ser la doctrina de vida espiritual profunda y de intimidad con Cristo.

Bien se echa a ver que se trata ante todo de reproducir en sí los íntimos sentimientos del Salvador, la humildad, la obediencia, el amor, que fundamentan la eficacia de su sacrificio y que, según San Pablo, se pusieron de manifiesto en el más alto grado en la Pasión del Señor. La inmolación del Calvario fue el más odioso de todos los crímenes por parte de los verdugos; pero Cristo la aceptó con entera sumisión al mandato recibido del Padre (*Jn.*, 10, 17-18; 14, 31; 15, 8). Difiriendo nuestra vida de la suya exteriormente, podemos imitarla en lo interior, esforzándonos por modelar nuestra obediencia a la suya, prolongando en nosotros la adorable disposición que reparó la rebelión del primer hombre y

constituyó en la justicia a los que eran pecadores (*Rom.*, 5, 19). San Pablo y San Juan proponen de este modo un ideal espiritual cuya realización transforma al alma en sus profundidades, ideal cuya ensalzante grandeza se duplica con una atractiva y afectuosa cordialidad con Cristo, cuyo amor nos antecede y envuelve por todas partes.

San Pablo vuelve con predilección sobre este principio de vida cristiana en la perspectiva de unión con Cristo muerto y resucitado:

“Le conoceré a él, así como el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, conformándome a Él en la muerte por si logro alcanzar la resurrección de los muertos” (*Flp.*, 3, 10-11).

“Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (*Col.*, 3, 1-3).

Observemos una vez más que este doble trabajo del cristiano es una exigencia de la gracia bautismal, a la que debe responder a lo largo de toda su vida:

“Con Él fuisteis sepultados en el bautismo y en Él asimismo fuisteis resucitados por la fe en el poder de Dios, que le resucitó de entre los muertos” (*Col.*, 2, 12).

Carácter pascual de la vida cristiana:

La Eucaristía.

Es importante tener presente que la regeneración bautismal nos asoció al misterio pascual; fue el paso de la muerte a la vida en unión con Cristo redentor. Este paso no se termina nunca, ni jamás es perfecto. El Apóstol insiste en ello:

“No es que la haya alcanzado ya, es decir, que haya logrado la perfección, sino que la sigo por si le doy alcance, por cuanto yo mismo fui alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, yo no creo haberla aún alcanzado; pero dando al olvido lo que ya queda atrás, me lanzo en persecución de lo que tengo delante, corro hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús. Esos deben ser, pues, los pensamientos de todos nosotros” (*Flp.*, 3, 12-14).

Así, pues, la vida cristiana no ha de ser un inmovilismo, y menos aún un reposo ilusorio en la perfección que se creería haber alcanzado, sino una pascua continua, un esfuerzo ininterrumpido hacia una mayor conformación a Cristo, con el fin de aproximarnos cada vez más el estado de varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo (*Ef.*, 4, 13). Imitando los esfuerzos de los atletas que concursan en el estadio (1 *Cor.*, 9, 24-27), el cristiano, abrazado a la verdad, ha de crecer en caridad, llegando a aquel que es nuestra Cabeza, Cristo” (*Ef.*, 4, 15), sostenido en el combate espiritual por la fundada esperanza de recibir la corona de justicia (2 *Tim.*, 4, 8). A nuestros contemporáneos debiera parecer eminentemente de actualidad ese concepto de la vida cristiana. Motiva y aclara vivamente las exhortaciones a la huida del pecado y a la práctica de las virtudes que llenan las partes morales de las cartas. La comparación del cuerpo místico, a la que aun volveremos, es otra expresión suya: los miembros del cuerpo deben permanecer unidos a la cabeza, so pena de perecer, y vivir su vida.

El carácter pascual de la vida cristiana nos lo sugiere, aunque sin ser del todo explícito, en la enseñanza paulina sobre la Eucaristía. Como anuncio de la muerte del Señor hasta que Él venga con gloria y majestad

(1 Cor., 11, 26), se ha de unir la Eucaristía al misterio de la pasión, no sólo como un recuerdo del sacrificio redentor, sino de una manera actual, porque es comunión del Cuerpo de Cristo (1 Cor., 10, 16). Es, por lo demás evidente, que el fiel no recibe a Cristo muerto, sino al Cristo resucitado y eternamente vivo. Cristo fue el verdadero cordero pascual (1 Cor., 5, 7) y la recepción de su cuerpo y de su sangre nos hace participar en todo su misterio. No nos apartaremos lo más mínimo del profundo pensamiento de San Pablo viendo en la Eucaristía un medio sumamente eficaz, el que más de todos, para acrecentar la vida divina, una participación en la Pascua del Señor que prolonga la del bautismo y exige como ella un progreso continuo, siendo al mismo tiempo un mayor estrechamiento del vínculo entre los miembros y la cabeza. Lo maravilloso es en esto que la unión a Cristo mediante la comunión de su cuerpo, pendiente otrora de la cruz, tiene por fruto una participación extraordinariamente abundante en las gracias merecidas por su sacrificio. Cristo, entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación (Rom., 4, 25) se nos da acrecentando así nuestra conformidad a él y transformándonos más y más en su imagen gloriosa (1 Cor., 3, 18).

Espiritualidad trinitaria

Al propio tiempo que cristocéntrica, la espiritualidad de San Pablo es trinitaria. Este nuevo aspecto completa y precisa el primero.

En la redención todo se deriva de la eterna y misericordiosa iniciativa del Padre que predestinó desde antes de la creación a los que quería rescatar y que

envió a su Hijo al mundo para que su sacrificio obtuviese a los hombres el perdón de sus pecados (Ef., 1, 4; Rom., 3, 24). "Porque, a la verdad, Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo y no imputándole sus delitos" (2 Cor., 5, 19). El Padre actuó por puro amor y de una manera absolutamente gratuita (Rom., 3, 24). La redención es el efecto de su gracia (Ef., 1, 7); el cristiano tiene que reconocer que es cosa soberanamente libre por parte de Dios y loar sin cesar esa magnífica gracia (Ef., 1, 5-6) que le arrancó del poder de las tinieblas y le introdujo en el Reino del Hijo muy amado, haciéndole partícipe de la eterna heredad (Col., 1, 13; Ef., 1, 18), esplendorosa manifestación de la inaudita riqueza de su gracia (Ef., 2, 7).

Todavía resplandece más la celestial liberalidad por el hecho de que conduce al don de la filiación adoptiva. El Padre "nos predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos" (Rom., 8, 29). Con esto arroja San Pablo una nueva y encantadora luz sobre la naturaleza de la vida cristiana. El don de la gracia hace de nosotros unos hijos de Dios, muy queridos del Padre y hermanos de Cristo, a quien su sacrificio redentor constituyó en el primogénito de una inmensa familia. De ahí resulta que entre el hombre justificado y las divinas personas existen las relaciones más estrechas y afectuosas.

Claro está que no somos hijos de Dios por naturaleza, así lo demuestran la doctrina del pecado original y la del carácter gratuito del orden sobrenatural. Pero somos hijos suyos adoptivos. El Padre "nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su gracia" (Ef., 1, 5). Pero así como la adopción humana es puramente jurídica y no aporta ninguna nueva cualidad al adoptado, la

adopción sobrenatural lo transforma interiormente por el don del Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, que lo hace semejante al Hijo:

“Y por ser hijos envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba, Padre!” (*Gál.*, 4, 6).

Es un gran cambio con relación a la Ley antigua, en la que reinaba el temor, aunque tampoco estaría seguramente excluido el amor: “No habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba, Padre!” (*Rom.*, 8, 15).

Viendo el Padre celestial en nosotros la imagen de su Hijo, no puede dejar de considerarnos como hijos muy amados. Así, pues, cuando le llamamos “Padre nuestro”, repitiendo la oración enseñada por Jesucristo a los Apóstoles, nuestra actitud está plenamente conforme con la realidad y expresa el más auténtico sentimiento cristiano: es el Espíritu Santo el que habla por nosotros:

“El mismo Espíritu Santo atestigua con nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (*Rom.*, 8, 17).

Y por nuestra parte debemos decirle *Padre nuestro*, aunque con muchísimo respeto, a imitación de la Iglesia, que al final del canon de la misa dice que debemos pronunciarlo temblando: “Nos atrevemos a decir: Padre nuestro...”

Las consecuencias de la adopción se desarrollan como en el orden humano: la liberalidad divina sobrepasa todo lo que la mente humana hubiera podido concebir (*1 Cor.*, 2, 9).

“De manera que ya no es siervo, sino hijo, y si hijo, heredero por la gracia de Dios” (*Gál.*, 4, 7).

Y todavía mejor precisado:

“Si hijos, también herederos; herederos de Dios, co-

herederos de Cristo, supuesto que padezcamos con El para ser con El glorificados” (*Rom.*, 8, 17).

Mas no basta con esto: no se nos ha prometido simplemente la heredad, sino que ya entramos en posesión de ella parcialmente en esta vida, pues el don del Espíritu Santo, como ya lo hemos indicado anteriormente a propósito de la continuidad entre la vida de la gracia y la gloriosa, constituye sus arras (*2 Cor.*, 5, 5; *Ef.*, 1, 14), unas arras de la misma naturaleza que la total heredad, y no tan sólo garantía. De esta forma el alma queda marcada con el sello que en ella imprime la semejanza divina (*2 Cor.*, 1, 22; *Ef.*, 1, 13).

Estos prodigios del amor divino establecen al cristiano en las relaciones más estrechas con la Santísima Trinidad, que ya no aparece como un dogma lejano. Su vida debe estar impregnada con los sentimientos que sugiere la adorable realidad: espíritu filial y de obediencia con respecto al Padre; espíritu de fraternidad respetuosa y de profunda intimidad con el Hijo; religiosa atención y docilidad a la presencia y a la acción del Espíritu Santo, cuyo templo somos (*1 Cor.*, 6, 19) y que es preciso no apagar (*1 Tes.*, 5, 19) ni contristar (*Ef.*, 4, 30). “Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios” (*Rom.*, 8, 14). Por el Espíritu que nos conforma al Hijo, volvemos al Padre, del que somos hijos. Esto es lo que explica que el Apóstol, para calificar la santificación de las almas, diga indiferentemente en Cristo o en el Espíritu, puesto que su común acción puede atribuirse a uno u otro. Hasta llega a decir de una manera elíptica que Cristo resucitado es espíritu (*2 Cor.*, 3, 17-18) y espíritu vivificante (*1 Cor.*, 15, 45), porque la efusión del Espíritu es el fruto del sacrificio redentor. En su pensamiento no existe ninguna confusión; enumera con frecuencia juntos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en términos

que suponen a la vez su igual dignidad y su distinción, y siempre para subrayar la participación del cristiano en la vida trinitaria:

“Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos” (1 Cor., 12, 4-6).

La llamada a la fe de los judíos y de los paganos los sitúa en Cristo como un solo hombre nuevo y a todos da el poder de acercarse al Padre en un mismo Espíritu” (Ef., 2, 18). Pablo desea a sus corresponsales la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunicación del Espíritu Santo” (2 Cor., 13, 13). Y celebra en términos líricos la admirable unidad que resulta de ello:

“Sólo hay un cuerpo y un espíritu, como también una sola esperanza, la de vuestra vocación. Sólo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos” (Ef., 4, 4-5).

Estos textos son concluyentes; otros que afirman el carácter personal del Espíritu, quitan toda vacilación: Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo (Gál., 4, 6); habita en los fieles (Rom., 8, 9, 11) y los guía (Gál., 5, 16; Rom., 8, 14), distribuye, según le place, los dones sobrenaturales (1 Cor., 12, 11), y el libro de los Hechos de los Apóstoles lo muestra presidiendo los trabajos de los Apóstoles y la conducta de la Iglesia (13, 9; 16, 6-7; 20, 22, 23-28), hasta el punto de que se le ha podido llamar el Evangelio del Espíritu Santo.

Espiritualidad de amor

Los deberes y actitudes del cristiano con respecto

a las divinas personas que residen en él y de las que se ha convertido en templo se resumen en el amor. Pablo da un ejemplo inolvidable, en el que será fácil inspirarse:

“Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a mí” (Gál., 2, 20). El Apóstol tiembla de emoción al expresarse así. Nadie ha comprendido mejor que el antiguo fariseo perseguidor la fuerza y la eficacia de este amor. Pensando seguramente en él mismo, escribiría más adelante a los fieles de Roma:

“En verdad apenas habrá quien muera por un justo; sin embargo pudiera ser que muriera alguno por uno bueno; pero Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros” (Rom., 5, 7-8).

¡Qué amado se sabe por Cristo él que se considera indigno de llevar el nombre de apóstol por haber perseguido a la Iglesia de Dios! (1 Cor., 15, 9). Se llama el primer pecador que Cristo vino a salvar (1 Tim., 1, 15-16). Y prorrumpe en un grito de reconocimiento cuando, al final de su vida, recuerda la misericordiosa atención de Cristo con él:

“Gracias doy a nuestro Señor Cristo Jesús, que me fortaleció, de haberme juzgado fiel al confiarme el ministerio; a mí, que primero fui blasfemo y perseguidor violento, mas fui recibido a misericordia porque lo hacía por ignorancia en mi incredulidad, y sobreabundó la gracia de nuestro Señor con la fe y la caridad en Cristo Jesús” (1 Tim., 1, 12-14).

Devuelve al Salvador amor por amor: así lo testimonia toda su vida. Es esclavo voluntario de Cristo e invita a los fieles a que se consideren también así (1 Cor., 7, 22-23; Rom., 6, 16-19. Sufre dura cautividad por el

amor de Cristo (*Ef.*, 3, 1), pasando por muchos suplicios, de manera que lleva en su cuerpo las señales, los estigmas de Jesús (*Gál.*, 6, 17); suple en su carne “lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia”, y de la que él es ministro (*Col.*, 1, 24-25).

“Llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Mientras vivimos estamos siempre entregados a la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal. De manera que en nosotros obra la muerte; en vosotros, la vida” (*2 Cor.*, 4, 10-12).

Este amor crucificado y apostólico que recibiría su coronación con el testimonio supremo del martirio, crea entre Pablo y el Salvador la más profunda intimidad: “Mi vida es la de Cristo” (*Flp.*, 1, 21) y una verdadera unidad: “El que se une al Señor, forma con El un solo espíritu” (*1 Cor.*, 6, 17). Entiende que esto les ocurre a todos: “¿No reconocéis que Jesucristo está en vosotros?” (*2 Cor.*, 13, 5), y formula esta advertencia perentoria: “¡Si alguno no ama al Señor, sea anatema!” (*1 Cor.*, 16, 22). A cada cual corresponde, por lo tanto, testimoniar a Cristo un amor que habrá de traducirse en la aceptación de los sacrificios necesarios en unión con su Pasión. A imitación de Pablo, todo cristiano ha de tener en sus labios la alabanza de Cristo, proclamarlo con él hasta la saciedad Salvador, Hijo de Dios, Señor igual a Dios y Dios él mismo (2), debiendo impregnar estos actos de fe su vida con un generoso e indefectible amor.

(2) Ordinariamente, San Pablo reserva el nombre de Dios al Padre, pero no obstante, lo aplica dos veces a Cristo: *Rom.*, 9, 5 y *Tit.*, 2, 13. Los otros títulos dados a Cristo suponen su divinidad: es el propio hijo de Dios (*Rom.*, 8, 32), y el soberano Señor ante quien toda rodilla debe doblarse (*Flp.*, 2, 11).

La adopción filial del cristiano exige de él que responda al solícito amor del Padre. Indudablemente no era extraño este sentimiento en el Antiguo Testamento, porque el primer mandamiento de la Ley rezaba: “Amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder” (*Deut.*, 6, 5), pero no había sido revelado con tanta precisión el dogma de la divina paternidad. Solamente la dio a conocer plenamente el Hijo, imagen perfecta del Padre (*Col.*, 1, 15; *2 Cor.*, 4, 4, 6); únicamente él dio testimonio del inmenso amor con el que el Padre entregó a su Hijo a la muerte (*Rom.*, 8, 32) e hizo revivir a los pecadores por la inaudita riqueza de su gracia (*Ef.*, 2, 5-8). El Apóstol saluda a Dios eterno dándole el nombre de Padre con su corazón rebotante de reconocimiento y de amor, bajo la acción del Espíritu divino y de Cristo (*Gál.*, 4, 6; *Rom.*, 8, 15).

Lo mismo cabe decir respecto al Espíritu Santo. Pablo, que es superior a los antiguos profetas como hombre del Espíritu, iluminado sin cesar y guiado por él, declara en un célebre texto que el Espíritu es un espíritu de amor: “El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (*Rom.*, 5, 5). Su delicada y completa docilidad a las luces y a las inspiraciones del Espíritu es la respuesta de su amor al amor divino e indica a todos los que han recibido el don del Espíritu la generosidad con que han de corresponder al mismo. El fruto del Espíritu puesto en contraste con las detestables obras de la carne (*Gál.*, 5, 22-23) señala el camino a seguir en la práctica de la caridad, fuente de alegría y de paz. El anuncio de la resurrección corporal que Dios operará en el último día por obra del Espíritu (*Rom.*, 8, 11) debe acrecentar todavía más

el amor. ¿No es, por ventura el amor la última palabra, siendo Dios Amor? (1 Jn., 4, 8, 16).

La Iglesia, cuerpo místico de Cristo

Diversas son las llamadas del Espíritu Santo y diversos también, paralelamente, los dones resultantes de ellas. San Pablo enumera algunos varias veces (3). Escribe a los Corintios:

“Hay diversidad de dones, pero uno solo es el Espíritu... Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad. A uno le es dada por el Espíritu la palabra de Sabiduría; a otro, la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, don de curaciones en el mismo Espíritu; a otro, operaciones de milagros; a otro, profecía; a otro, discreción de espíritus; a otro, género de lenguas; a otro, interpretación de lenguas. Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere” (1 Cor., 12, 4-11).

Esta múltiple actividad la relaciona el Apóstol con las funciones de los miembros del cuerpo humano, que en su diversidad constituyen un solo organismo:

“Porque así como, siendo el cuerpo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único, así es también Cristo. Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo...” (1 Cor., 12, 12-13).

En las Cartas precedentes, Pablo había formulado un pensamiento análogo, insistiendo sobre la unidad de los cristianos en Cristo (Gal., 3, 28); pero aquí le da

(3) Rom., 12, 6-8; Ef., 4, 11; 1 Cor., 28-30.

una importante precisión recurriendo a la comparación del cuerpo, por lo demás muy natural y corriente en el mundo antiguo. Los teólogos resumen esta enseñanza con la expresión *cuerpo místico de Cristo*. Estos términos no son paulinos, pero tienen la ventaja de sugerir a la vez el aspecto invisible e interior de la unión a Cristo y el visible y eclesial.

San Pablo recurrió a otras comparaciones dentro del mismo orden de ideas: la del campo (1 Cor., 3, 6, 9), la de plantas que crecen juntas (Rom., 6, 5), el edificio (1 Cor., 3, 9-11; Ef., 2, 20-21), la unión conyugal (Ef., 5, 25-32). Pero tiene predilección por la comparación del cuerpo que desarrolla con gusto en la primera Carta a los Corintios (12, 14-26), mostrando que cada miembro del cuerpo humano tiene su función particular, siendo todos ellos solidarios y concurriendo cada cual para la vida del conjunto:

“De esta suerte, si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan” (1 Cor., 12, 26).

Y añade en decisivas afirmaciones:

“Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno en parte” (1 Cor., 12-27).

“Así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros” (Rom., 12, 5).

A pesar de lo que pudiera creerse a primera vista, no se trata de una simple unión moral, parecida a la de los miembros de una sociedad bien estructurada, sino de una unión al cuerpo individual de Cristo resucitado: somos cuerpo de Cristo. Este sagrado cuerpo, instrumento de la redención, es el medio de repartir los frutos. Por la resurrección, el cuerpo glorioso de Cristo, inseparable de su persona, se hizo “espíritu vivificante” (1 Cor., 15, 45) rebosando la plenitud del Espíritu para darlo

a los hombres rescatados. Las expresiones empleadas por el Apóstol, si no se las quiere minimizar, han de extenderse al cuerpo físico de Cristo. Estamos estrechamente unidos a ese Cuerpo espiritualizado y vivificante por medio de una vinculación real: la unión empieza en el bautismo, que hace a los catecúmenos miembros del Cuerpo de Cristo muerto y resucitado (*Rom.*, 6, 3ss) y alcanza su perfección terrestre mediante la recepción por todos y cada uno del Cuerpo de Cristo en la Eucaristía (*1 Cor.*, 10, 16-17); esta interpretación se confirma por lo que San Pablo dice en otro lugar del Salvador:

“Pues en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y estáis llenos de El” (*Col.*, 2, 9-10).

Siempre habla de Cristo como de un ente personal y encarnado, no como de un ser moral que comprendería con él el conjunto de los creyentes. Bien lo da a entender la comunicación de la vida de Cristo y la acción del Espíritu Santo de que hemos hablado anteriormente: se trata de unión al Cristo individual. En él reside toda la plenitud (*Col.*, 1, 19) y mediante nuestra unión cada vez más íntima con él nos hace participar de la plenitud de Dios (*Ef.*, 3, 19), en la medida que ello es posible al hombre. De este modo el cristiano está llamado a ser, por Cristo, como una humanidad de complemento que continúe la suya.

Una nueva precisión aparece en las Cartas de la cautividad. Cristo, en el cuerpo místico, desempeña el papel de la cabeza, es fuente de vida y el jefe:

“El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia” (*Col.*, 1, 18).

“Cristo es cabeza de la Iglesia y salvador de su cuerpo” (*Ef.*, 5, 23).

Los miembros sólo tienen vida en el organismo místico

por su unión con la cabeza, unión que han de esforzarse porque siempre sea más estrecha:

Es preciso que, “abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad” (*Ef.*, 4, 15-16).

Así, pues, Cristo es a la vez cabeza del cuerpo místico y todo el cuerpo entero, puesto que sólo se consigue ser miembro de su cuerpo recibiendo la vida de él (4). Todos los textos citados muestran, además, que los miembros de Cristo son al mismo tiempo miembros unos de otros. Para cada miembro hay a la vez unidad en Cristo y mútua solidaridad, porque la incorporación a Cristo entraña la incorporación a sus miembros, que forman una sola cosa; no solamente estamos unidos a la persona Cristo, sino también a su extensión mística, es decir, a todos los miembros de su cuerpo en tanto que él se comunica a ellos. El aspecto individual y el social son inseparables y ambos esenciales. La unión con Cristo se impone a cada uno en particular, pero el cristiano es miembro de un cuerpo; la solidaridad sobrenatural es tan estrecha que nadie puede salvarse o condenarse solo; seguramente cada cual está obligado a trabajar por su salvación personal, pero no lo logrará de manera separada e individualista.

Esta complementaridad de aspecto está reforzada por la identificación del cuerpo de Cristo con la Iglesia. Dos textos insisten en ello, además de los ya citados.

Al indicar que Cristo glorioso recibió del Padre una

(4) La misma doctrina encontramos en San Juan al hablar alegóricamente de la vid y de los sarmientos; Cristo es, a la vez, la vid y la viña por entero (*Jn.*, 15, 1-7).

dignidad infinitamente superior a la de todas las categorías de ángeles, añade el Apóstol:

“A El sujetó (el Padre) todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos” (Ef., 1, 22-23).

Así, pues, hablando con propiedad, la Iglesia visible es el cuerpo de Cristo y su complemento, pero no de manera activa, sino en cuanto que de El recibe la vida de la que está pleno su cuerpo glorioso. Por la Iglesia se entregó a la muerte con inmenso amor a fin de santificarla (Ef., 5, 25-26). Por la Iglesia acepta también el Apóstol trabajos y sufrimientos:

“Ahora me alegro de mis padecimientos... y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia” (Col., 1, 24).

De donde resulta que la Iglesia es la sociedad visible de los fieles y que su unidad exterior tiene por objeto la unidad interior, la santificación y la salvación de cada uno de sus miembros mediante la participación en la vida de Cristo. Ordinariamente sólo se accede al cuerpo místico entrando en la Iglesia. Los justificados que de buena fe no pertenecen a la Iglesia son miembros de Cristo en potencia, por su deseo, al menos implícito, de ser miembros suyos efectivos pidiendo el bautismo y adhiriéndose a la Iglesia visible que desde ese momento les dispensará las numerosas gracias que solamente ella tiene el poder de transmitir (5). La doble unidad interior y exterior está asegurada por el don y la acción del Espíritu Santo: une a los fieles con Cristo y entre ellos en Cristo; es el alma del cuerpo místico y de la Iglesia.

(5) Tal parece ser la enseñanza de Pío XII en la maravillosa encíclica *Mystici corporis*.

“Sólo hay un cuerpo y un espíritu” (Ef., 4, 4).

“Con Cristo entráis en la estructura del edificio para convertirlos por el Espíritu en la morada de Dios” (Ef., 2, 22).

“Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para constituir un solo cuerpo, y todos, ya judíos, ya gentiles, ya siervos, ya libres, hemos recibido el mismo Espíritu (1 Cor., 12, 13).

La moral cristiana

La doctrina de la unión a Cristo y del cuerpo místico rige toda la moral cristiana, tanto individual como social.

La identificación con Cristo por la unión con su cuerpo y la comunicación de su vida, impone al cristiano corresponder sin cesar a la gracia del bautismo haciendo siempre más efectiva, en unión con él, la muerte al pecado y la vida para Dios (Rom., 6, 11), actuando como hijo adoptivo de Dios. Es una exigencia rigurosa de renuncia al mal y de progreso en la virtud, cosa realizable gracias al don del Espíritu que permite vencer a la carne y nos hace conformes a Cristo; exigencia que la invitación a prolongar en nosotros los misterios de Cristo, pasión y resurrección, hace cordial y gozosa en la intimidad del Salvador. Este matiz afectuoso y reconfortante de la vida cristiana se encuentra en los deberes que se nos imponen con respecto a los miembros del cuerpo místico. Por el hecho de que todos somos hermanos y uno solo en Cristo, estrechamente solidarios, cada cual está en la obligación de cooperar al bien de todos dedicándose a la función que tiene asignada con toda la perfección posible. La fe, la esperanza, la caridad (Gál., 5, 5-6; 1 Tes., 5, 8) y todas las demás vir-

tudes son de provecho para todo el cuerpo entero y al mismo tiempo a quien las practica. Pero para San Pablo todo está resumido en la caridad, vínculo de perfección (*Col.*, 3, 14), que tiene su fuente en la caridad de Cristo, y sin la cual las obras, aun las aparentemente más heroicas, carecerían de todo valor:

“Sed, en fin, imitadores de Dios, como hijos amados, y vivid en caridad, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en oblación y sacrificio a Dios en olor suave” (*Ef.*, 5, 1-2).

“Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús” (*Flp.*, 2, 5).

Todos recordaremos con fruición el himno a la caridad que llena el capítulo 13 de la 1ª Carta a los Corintios:

“Si hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbolo que retiñe... Y si repartié toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha... todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. La caridad no pasa jamás...” (*1 Cor.*, 13, 1-7).

La caridad es la plenitud y el pleno cumplimiento de la nueva Ley (*Gál.*, 5, 14; 6, 2; *Rom.*, 13, 8-10). Hace del cristiano un hombre perfectamente honesto al mismo tiempo que un hijo auténtico de Dios.

El ejercicio de la caridad presenta en S. Pablo un luminoso ejemplo. Desde el día en que con la aparición Cristo le dio a entender el íntimo lazo que le une a los creyentes, tuvo el corazón henchido de una caridad universal que es modelo para los cristianos de todos los tiempos. Sin necesidad de multiplicar las citas, bastará recordar el delicado amor que demostró a sus colaboradores, Lucas, Marcos, Tito, Timoteo, así como la res-

petuosa amistad que le unió a las mujeres asociadas a los trabajos apostólicos y cuyo papel ensalza con respecto al nuevo mundo que se elabora. A propósito de una de ellas hizo esta encantadora confidencia:

“Saludad a Rufo, el elegido del Señor, y a su madre, que lo es también mía” (*Rom.*, 16, 13).

Para con los que ha evangelizado tiene Pablo los sentimientos de un padre y de una madre (*1 Tes.*, 2, 7-11); ¡Hijos míos —les dice— por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros!” (*Gál.*, 5, 19), y se gloria humildemente de su paternidad espiritual:

“Aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres, que quien os engendró en Cristo por el Evangelio fui yo” (*1 Cor.*, 4, 15).

Hasta cuando ha de dirigir reproches a los Corintios discolos, hace protestas de su amor:

“Yo de muy buena gana me gastaré y me desgastaré hasta agotarme por vuestra alma, aunque amándoos con mayor amor, sea menos amado” (*2 Cor.*, 12, 15).

La caridad no excluye a nadie. Pablo se siente de continuo obsesionado por el bien de las iglesias (*2 Cor.*, 11, 28):

“¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze?” (*2 Cor.*, 11, 29).

Se muestra desolado ante la incredulidad de sus compatriotas, por lo que hasta aceptaría estar siempre separado de Cristo si ello pudiera salvarlos (*Rom.*, 9, 3). Siente tanto cariño a un pobre esclavo al que ha engendrado espiritualmente en la cárcel, que suplica a su amo, Filemón, que lo reciba como a un muy querido hermano (*Flm.*, 10, 16). Se hace judío con los judíos para ganárselos; se somete a la Ley con los que a ella están sometidos... con los que están fuera de la Ley se hace como si él estuviera fuera de ella, para ganárselos,

aunque no está fuera de la ley de Dios, sino bajo de la de Jesucristo; se hace flaco con los flacos para ganarlos, se hace todo para todos con el fin de salvarlos a todos (1 Cor., 9, 20-22), siendo una imagen viviente de su Maestro, que murió por todos. No es preciso subrayar la conmovedora actualidad de semejante actitud apostólica.

Acción de gracias, gozo y paz

A nadie sorprenderá que tan alta espiritualidad se expansionase dando gracias, mostrando alegría y disfrutando de una gran paz.

Por profundo y doloroso que sea para San Pablo el sentimiento del pecado y la comprobación de sus desbordamientos generales, el pensamiento del sacrificio redentor y de todos los beneficios que de él se derivan, le produce una confianza que nada logra desconcertar: ¿no garantiza, acaso, la victoria lograda por Cristo sobre el pecado y la muerte que los creyentes saldrán, a su vez victoriosos? (1 Cor., 15, 57). Es habitual en él la acción de gracias; en casi todas las cartas empieza dando gracias a Dios por los dones sobrenaturales con que ha colmado a sus corresponsales y por su fe. Al mismo tiempo les asegura que los tiene presentes en su recuerdo y en sus oraciones. Es como un *leit-motiv* de júbilo al que les pide que se asocien:

“Dad en todo gracias a Dios, porque tal es su voluntad en Cristo Jesús” (1 Tes., 5, 18).

“Dando siempre gracias por todas las cosas a Dios Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef., 5, 20).

“Todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo

todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El” (Col., 3, 17).

Es una preciosa y útil lección; la Iglesia la pone en práctica situando la acción de gracias en el primer plano de sus más solemnes oraciones, sobre todo en la misa. Por nuestra parte estamos demasiado inclinados a olvidarnos de dar gracias a Dios; renovamos nuestras peticiones, pero omitimos testimoniarle nuestro reconocimiento en nuestras oraciones y súplicas. Escuchemos al Apóstol, que nos exhorta a que siempre acompañemos con acciones de gracias nuestras súplicas y oraciones (Flp., 4, 6).

La acción de gracias por las divinas atenciones produce un gozo espiritual que persiste aun en medio del sacrificio. San Pablo nos da ejemplo de esto cuando dice que rebosa de júbilo en medio de todas sus tribulaciones (2 Cor., 7, 4), y espera de los fieles análogos sentimientos:

“Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os digo: alegraos” (Flp., 4, 4).

“Estad siempre gozosos” (1 Tes., 5, 16).

El gozo cristiano es como la flor del sacrificio animosamente aceptado; recompensa la generosidad del esfuerzo al mismo tiempo que la estimula: un trabajo alegre es siempre más perfecto que uno desagradable:

“Cada uno haga según se ha propuesto en su corazón, no de mala gana ni obligado, que Dios ama al que da con alegría” (2 Cor., 9, 7).

El alegre servicio al Señor establece al alma en una paz profunda que sólo puede dar Dios:

“La paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Flp., 4, 7).

Paz con Dios y paz con los hombres se condicionan recíprocamente:

“Por lo demás, hermanos, alegraos, perfeccionaos, exhortaos, tened un mismo sentir, vivid en paz, y el Dios de la caridad y de la paz será con vosotros” (2 Cor., 13, 11).

El auténtico cristiano es un artífice eficaz de paz porque primeramente está en paz con Dios. Conviene recordar esta enseñanza del Apóstol en los turbulentos tiempos en que vivimos. Cristo es nuestra paz, y al llamar a la salvación a todos los hombres, los une en un solo cuerpo animado por el Espíritu Santo y penetrado de caridad (Ef., 2, 11-22). La paz espiritual entre los hombres animados por una misma fe es la mejor garantía de la paz temporal:

“Por encima de todo esto, vestíos de la caridad, que es vínculo de perfección. Y la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados en un solo cuerpo” (Col., 3, 14-15).

Cuando en cada Carta anuncia el Apóstol a los cristianos gracia y paz de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo, formula el mejor y más eficaz saludo, sabiendo que el trabajo espiritual lleva consigo las promesas de la vida presente al mismo tiempo que las de la vida futura (Tim., 4, 8).

La perspectiva eterna

Ya se habrá advertido, sin duda, que las orientaciones espirituales que hemos bosquejado, preciosas direcciones para la vida presente, tienen todas una perspectiva eterna. La vida en Cristo resucitado recibida en el bautismo efectúa una resurrección moral, que será definitiva en el momento de la muerte. La muerte aceptada con los mismos sentimientos de Cristo en la Cruz, será, por una suprema paradoja, la puerta de la feliz

eternidad para nosotros, lo mismo que lo fuera para él.

“Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos como El” (Col., 3, 1-4).

De ahí se deduce una vez más que la moral cristiana proviene íntimamente de la doctrina de la unión a Cristo y del cuerpo místico. Este soporte doctrinal le confiere una emocionante grandeza y una exigencia estricta, pero facilita su observancia. El cristiano no está simplemente sometido bajo pena de condenación a unos rígidos mandamientos, sino que también está invitado a vivir de conformidad a los mismos con la transformación realizada en él por el bautismo, muriendo al pecado y viviendo para Dios con Cristo, ideal magnífico y exultante, tanto más cuanto que una gloria eterna habrá de ser la recompensa de tal realización. El cristiano fiel estará para siempre con Cristo (1 Tes., 4, 17) y su cuerpo instrumento de las buenas obras, resucitará el último día bajo la acción vivificadora del Espíritu Santo, y de este modo, tendrá en cuerpo y alma una suerte plenamente parecida a la del Señor Jesús. Ante tal perspectiva, no hay por qué perder jamás ánimo en el combate que conducirá “hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo” (Ef., 4, 13).

Entonces, habiendo dado la redención todos sus frutos y estando ya completo el cuerpo místico, Cristo pondrá en las manos de su Padre el Reino adquirido con su sangre, y Dios será todo en todos (1 Cor., 15, 24, 28). La gloria de Dios estará colmada: ¿no es ese el

último objetivo de los beneficios divinos?: “Todo es vuestro... ya el mundo, ya la vida, ya la muerte; ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro; y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios” (1 Cor., 3, 21-23). El Padre nos eligió, en definitiva, “antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef., 1, 4-6). No podía ser de otro modo, y así lo comprendió admirablemente algún místico, como Isabel de la Trinidad. El alto desinterés, la ansiosa espera del Reino de Dios y el ardiente deseo de su gloria, sugeridos por San Pablo, deben inspirar y coronar todos los sentimientos del cristiano, a imitación del Salvador, que sólo vivió para la gloria de su Padre. Es la suprema lección que nos da el gran Apóstol, la orientación espiritual que ha de dominar y rematar todas las demás.

BIBLIOGRAFIA

Texto griego y Vulgata latina:

MERK, *Novum Testamentum graece et latine*, Instituto Bíblico, Roma.

E. MARTIN NIETO, *La Santa Biblia*, trad. de los textos originales, Ed. Paulinas, Madrid.

— *Nuevo Testamento*, trad. de los textos originales, Ed. Paulinas, Madrid.

Traducciones comentadas de las Cartas de San Pablo:

— BOVER, *Las Epístolas de San Pablo*, Ed. Balmes, Barcelona.

— RICCIOTTI, *Las Epístolas de San Pablo*, Ed. Conmar, Madrid.

— STRAUBINGER, *Las Cartas de San Pablo*, Plantin, Buenos Aires.

— ZEDDA, *Primera Lectura de San Pablo*, Ed. Sígueme, Salamanca.

— SANCHEZ B., *Las Cartas de San Pablo*, Ed. Paulinas, Bogotá.

Vidas de San Pablo:

HOLLZNER, *San Pablo, heraldo de Cristo*, Herder, Barcelona.

RICCIOTTI, *Pablo Apóstol*, Ed. Conmar, Madrid.

ROPS, *San Pablo*, Ed. Aymá, Barcelona.

Estudios doctrinales y espirituales:

AMIOT, *Las ideas maestras de San Pablo*, Ed. Sígueme, Salamanca.

BRUNOT, *El genio literario de San Pablo*, Ed. Taurus, Madrid.

PRAT, *Teología de San Pablo*, Ed. Jus, México.

CERFAUX, *Jesucristo en San Pablo*, Desclée, Bilbao.

— *La Iglesia en San Pablo*, Desclée, Bilbao.

— *El cristiano en San Pablo*, Desclée, Bilbao.

BONSIVERN, *Teología del Nuevo Testamento*, E.L.E., Barcelona.

SOUBIGOU, *Cosmovisión de San Pablo*, Ed. Paulinas, Buenos Aires.

Entre los estudios de divulgación señalamos:

BRUNOT, *San Pablo y su mensaje*, Col. “Sé y creo”, Andorra.

HOLLZNER, *El mundo de San Pablo*, Rialp, Madrid.

GONZALEZ, *San Pablo al día*, Ed. Flors, Barcelona.

GROSSOUW, *Breve introducción a la teología de San Pablo*, Ed. Lohlé, Buenos Aires.

INDICE

Introducción	7
Cronología de las cartas	13
I. FORMA GENERAL DE LAS CARTAS	
Plan habitual	17
Características del lenguaje paulino	19
Clasificación de las cartas	24
II. CARACTERISTICAS LITERARIAS	
Formación judía y griega de San Pablo	27
Penetración y densidad del pensamiento	28
Sensibilidad	32
Imaginación – Comparaciones	35
Antítesis: ley y fe, carne y espíritu; Adán y Jesucristo	39
Personificaciones: el pecado, la muerte, la vida, la gracia	45
Otras particularidades	47
Los desarrollos A, B, A'	52
III. ALGUNOS TEMAS DOCTRINALES	
Alcance doctrinal de la visión de Damasco	56
La justificación por la fe	57
La parusía	61
Continuidad de ambos testamentos; uso de la Escritura en San Pablo	65
Continuidad de la Vida de la gracia y de la Vida eterna	69
Vista de conjunto sobre el Plan redentor	70
IV. ORIENTACIONES ESPIRITUALES	
La llamada divina y sus exigencias	80
La participación en la vida de Cristo muerto y resucitado	82
Carácter pascual de la vida cristiana: La Eucaristía	85
Espiritualidad trinitaria	87
Espiritualidad de amor	91
La Iglesia, cuerpo místico de Cristo	95
La moral cristiana	100
Acción de gracias, gozo y paz	103
La perspectiva eterna	105
Bibliografía	109